

NEWMANIANA

AÑO V - NUMERO 15

JULIO 1995



**AÑO
JUBILAR
NEWMANIANO
1995**

Ex umbris et imaginibus in veritatem

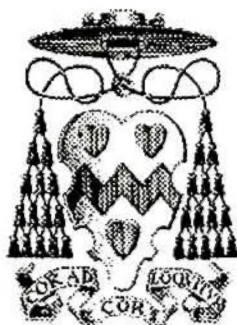
Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

**UN BANCO
QUE SE PREOCUPA
POR EL
DESARROLLO
DEL PAIS ES
ALGO MAS QUE
UN BANCO.**



BANCO DE BOSTON

NEWMANIANA



Año V - N° 15

Julio 1995

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N°237216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Impresa en talleres de Impresiones Avellaneda

Dr. Manuel Ocantos 253 - (1870) Avellaneda

Sumario

Editorial

Oxford International Newman

Conference2

Cartas

Cartas de John Henry Newman

a Mrs. Jemima Mozley, su hermana5

Traducción y comentario

Inés de Cassagne

Sermón

La misión de San Felipe Neri11

Introducciones y traducción

P. Fernando M. Cavaller

Espiritualidad sacerdotal

Newman y el cuidado de las almas.....32

Placid Murray O.S.B.

Traducción

P. Fernando M. Cavaller

Poesía

Progreso de la falta de fe40

Traducción

Jorge N. Ferro

Oxford International Newman Conference

6 al 12 de agosto de 1995

Con gran alegría nos preparamos una delegación argentina a concurrir a este importantísimo evento eclesial, que se realiza con motivo de cumplirse 150 años de la conversión de Newman al catolicismo.

Por ello este Congreso tendrá su sede en Oxford, en el mismo lugar que fue para Newman el centro de su vida anglicana: Oriel College.

El tema del mismo será:

Newman y la conversión

Esta será la más importante Conferencia Internacional que haya tenido lugar desde 1967, en Oxford. Hubo, como recordarán, un Congreso en Roma en 1990, con motivo de cumplirse el Centenario de la muerte de Newman, del cual traducimos alguna ponencia cuando recién nacía nuestra publicación.

Este Congreso Internacional está patrocinado por Su Eminencia reverendísima Monseñor Basil Hume, Arzobispo de Westminster, y Su Excelencia Reverendísima Monseñor Couve de Mourville, Arzobispo de Birmingham.

Los organizadores son el sacerdote jesuita Michael Barber y el Padre Ian Ker, ambos estudiosos de Newman y autor, el último de una importantísima biografía que ha tomado en cuenta sus cartas.

Son invitados de Honor, Su Eminencia el Cardenal William Baum de la Curia Romana y Su Excelencia Francisco Cossiga, otrora Presidente de la República Italiana, entusiasta seguidor y promotor de la causa newmaniana.

Habrà muchísimos oradores, entre los que se anuncian con especial relevancia: Jean-Robert Armogathe, Louis Bouyer, Avery Dulles, Sheridan Gilley, Alan G. Hill, Ian Ker, John Macquarrie, V. A. McClelland, Terrence Merrigan, Aidan Nichols, Stephen Prickett y Geoffrey Rowell.

Se anuncia, asimismo, como oradores invitados, al Padre Vincent Blehl, postulador de la Causa de Beatificación, y a los neo-conversos Graham Leonard, que fuera Obispo Anglicano de Londres y Richard John Neuhaus, luterano norteamericano converso, que hace algunos años comenzó el llamado movimiento "El momento católico", y que fue ordenado recientemente por el Cardenal Arzobispo de New York.

La semana entera que durará el Congreso, incluye una visita a Birmingham el día 11 de agosto, para conmemorar el aniversario de la muerte de Newman, con una Misa en el Oratorio que él fundara.

Por supuesto asistirán los Padres de este, su Oratorio, como así otros oratorianos, teólogos y distintos sacerdotes y laicos de todo el mundo, incluidos nuestros queridísimos amigos de España, que nos visitaron el año pasado, el Padre José Morales Marín y el Prof. Víctor García Ruíz.



Oriel College de Oxford

El propósito del Congreso es reflexionar sobre la vida y el pensamiento de Newman en el contexto de su conversión, y también a la luz de su persona reflexionar sobre la conversión como tal.

Esperamos aprovechar esta experiencia única y poder transmitirla a nuestro regreso en un ENCUENTRO aquí, que organizaremos como todos los años. Será hacia mediados de Noviembre en lugar y fecha a confirmar.

Tendremos presentes a todos los AMIGOS DE NEWMAN en la ARGENTINA, en todo momento, especialmente ante la tumba del Venerable Cardenal, y les encomendamos orar mucho por este Congreso, por sus frutos en la vida de la Iglesia, y por la pronta beatificación de Newman.

La delegación argentina estará integrada por:

- Padre Fernando María Cavaller, que preside la Asociación de Amigos de Newman en la Argentina.

- Padre José Luis Toraca, quien fuera Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica Argentina.

- Padre Luis Duacastella, miembro fundador de nuestra Asociación.

- Padre Santiago Dithurbide.

- Dra. Inés de Cassagne, miembro fundador de nuestra Asociación.

- Sr. Iván Pertiné y

- Sr. Lucas Laborde, ambos estudiantes en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica Argentina. □



ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar,

Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por

ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia.

Amén.

Poco antes de su paso a la Iglesia Católica

Cartas de John Henry Newman a Mrs. Jemina Mozley, su hermana

Traducción y comentario:
Dra. Inés de Cassagne

Littlemore, 21 de febrero de 1843

Estuve recientemente en Oxford durante dos semanas, y volví recién el sábado, y te tranquilizará saber que no hay allá agitación ni conmoción, al menos que yo sepa... En cuanto a tu pregunta sobre la carta (que contiene la retractación), creo que no se ha hablado mucho ni veo nada en los diarios. Si es que hay una fermentación secreta, como dices, supongo que saldrá a la luz de por sí dentro de poco, pero no alcanzo a ver lo que logrará al manifestarse. Es duro, en verdad, que todos puedan condenarme y yo no pueda condenarme. En cuanto a que el modo sea inapropiado, extraño, etc., ¿cuál sería el modo que estaría bien? ¿qué momento sería el oportuno? En todas estas cosas, no es uno el que elige el momento, el modo, el instrumento y demás; la elección real es una elección entre dificultades...

Littlemore, in fest. S. Andr., 1844

Estoy dispuesto ahora a sufrir inquietud, y serla yo para todos —pues esto debe ser— cuanto antes, más pronto terminará. Es como beberse una copa hasta el final. Lejos

estoy de descuidar lo que me dices acerca de que la perturbación de otros sea una indicación providencial; pero debe haber un límite en esto, si no, los judíos no se hubieran hecho cristianos en los primeros tiempos, y más tarde los nestorianos o monofisistas no se hubieran hecho católicos. ¡Cómo habrá perturbado San Pablo a los tranquilos judíos que servían a Dios y que no habían oído sobre nuestro Señor más que invectivas, que era un samaritano y un "embaucador"! Y esto indica lo que siempre, en todos los tiempos, se ha dicho de la Iglesia —a saber, que era corrupta, anticristiana, etc. Esto ha sido siempre una nota de la Iglesia. Y yo creo que la Iglesia de Roma es acusada en este sentido. No es cosa nueva que la Iglesia ha existido bajo el odio y en la desgracia. Y confieso que las atroces mentiras (no puedo llamarlas de otro modo) que han circulado contra mí me han hecho entender cuán falsa ha de haber sido la impresión popular respecto a los Jesuitas, etc. Digo esto porque uno de los más plausibles argumentos contra la Iglesia de Roma es "No entendemos estas cosas, pero estamos seguros de que no podría haber tantas sospechas, tantas acusaciones, sin causa, al fin, a pesar de los prejuicios, exageraciones", etc; exactamente lo que la gente diría o dice de mí.

Pero volviendo a lo anterior. Yo también pienso que la perturbación de la gente es una razón para no moverme sin una clara y firme convicción de que moverme es un deber. Y esto me ha tenido quieto hasta ahora. Sin embargo, hay un punto más allá del cual este impedimento no vale...

Littlemore, 22 de diciembre de 1844

A mí no me extraña que la primera impresión de la gente, cuando oye que otro cambia de religión, sea que éste está influido por algún motivo equivocado. Esto es la necesaria consecuencia de pensar que uno mismo está en la verdad; y admito enteramente que, para cada uno, el onus probandi de no estar influido depende de la persona influida. Si bien, pues, pienso que tú eres demasiado dura con muchas personas que han pasado a la Iglesia de Roma, pienso que estás justificada al hacerlo, pues ellos tienen que probar que no merecen una opinión dura. De mí digo lo mismo. El sentimiento, naturalmente, es que ha de haber algo equivocado en el fondo: que uno se ha desilusionado, o cansado, o encasillado en una teoría, o ha sido arrastrado por un partido, o violentado a ello por sus admiradores, o influido por alguna de las diez mil persuasiones que son tan extrañas a mi mente como a mi corazón, pero que a otros les resulta fácil asignar como hipótesis. Yo no discuto con los que así piensan.

Sin embargo pienso que, a medida que el tiempo pase y la gente tenga la oportunidad de conocerme mejor, verán que todas esas suposiciones no se sostienen; tendrán que ver que mi motivo es simplemente el creer que la Iglesia Romana es la verdadera, y que he llegado a esta creencia sin ningún error de mi parte. Lejos de mi querer decir "sin error" absolutamente, sino sin error que pueda ser detectado e imputado. Si estuviera seguro de que fuera sin error absolutamente, no vacilaría en dar el paso mañana. El temor de que algún secreto error no detectado fuese la causa de mi creencia, es lo que me hace estar donde estoy, esperando. Pero realmente puedo afirmar que nada ocurre que me indique tal error, y cuanto más pasa el tiempo sin descubrirlo, más esperanza tengo de que no haya ninguno. No puedo detectar tal cosa. Hace un tiempo le expuse a Keble cuanto pudiese detectar de equivocado que pasara por mi mente, o que llevara al error,



La familia Newman. De un cuadro de María Giberne, 1829

día a día, durante un cierto periodo, y él no pudo detectar nada así en mi creencia. He sido con él lo más abierto posible. Ahora estoy lejos de afirmar que pueda encontrar en mí buenos motivos —no tengo ningún tipo de seguridad de estar obrando por fe y amor; sino digo que no puedo detectar malos motivos, y me parece que en mí se realizan por completo las palabras de San Pablo: “No soy yo mis-

mo consciente de nada, y no por eso me siento justificado —el que juzga es el Señor.” Por supuesto, sé que continuamente estoy haciendo lo que está mal; pero ¿qué he hecho, cuál ha sido el pecado que ha traído sobre mí este juicio —dar este paso tan tremendamente erróneo de cambiar mi Iglesia, si es que es un error?

Al decir esto no estoy diciendo que está errado quien no hace lo mismo. Es a mí tan sólo a quien estoy mirando. Si Dios me da una cierta luz, suponiendo que lo sea, ésta es para mí la razón de actuar; pero al actuar no estoy condenando a quienes no actúan así. Hay una verdad, empero Dios Todopoderoso puede no querer mostrar a todos en el mismo grado o modo qué es y dónde está. Yo creo que nuestra Iglesia está separada de la comunión Católica; pero con todo yo sé muy bien que todos los teólogos, antiguos y modernos, romanos y los nuestros, aseguran grandes privilegios aún a la Iglesia cismática que tenga la Sucesión Apostólica y la recta forma de consagrar los sacramentos. Ellos admiten que el Bautismo tiene el don del Espíritu Santo, y que la Eucaristía posee el don de la Presencia Real. Lo que niegan a tal Iglesia es el poder de impartir esos dones. Dicen que la gracia está bajo llave, aunque presente, y que no es fructífera para las almas de los individuos. Sin embargo, los teólogos aseguran que la ignorancia inevitable, y el amor, son eficaces para remover el obstáculo. Consideran regenerados a todos los niños que mueren en la infancia, y admiten que la Divina misericordia puede sobreabundar sus límites prescriptos. Por lo tanto, lejos estoy yo (¿y cómo podría ser de otro modo?) de negar que una gran paz le haya sido dada a nuestros miembros (los de la Iglesia Anglicana); pero la cuestión es: ¿le será dada a uno que no está en la ignorancia? no es su deber, para salvarse, actuar según el conocimiento que le ha sido concedido acerca del estado de su Iglesia? —acto que no es requerido para salvarse a aquellos que no tienen ese conocimiento? Nuestra Iglesia puede ser un lugar de paz y seguridad para otros, no para mí.

Ahora, mi querida Jemima, estoy seguro que sentirás que no estoy arguyendo. Deseo que entiendas dónde estoy parado y lo que siento —para mi tranquilidad. Siempre qui-

se que entre nosotros no hubiese ninguna reserva —a mi naturaleza le repugna el ocultamiento. Hace mucho, en verdad, por más que hubiera tenido este triste secreto, me habría parecido mal mencionarlo. Se me hizo explícito por grados, frecuentemente sin querer, y lo que ha justificado el mencionarlo fue la convicción creciente. Ahora que se explicitó, me aliviara mucho que me permitas abrirme contigo y contarte cuál es el estado de mi mente. En verdad, sin esta apertura no puede haber amor entre personas. Así y todo, al decir esto no tengo en vistas ningún desenlace...

Littlemore, 15 de marzo de 1845

Acabo de recibir tu muy dolorosa carta, y ansío encontrar algún modo de hacer más fáciles las cosas para tí y para mí.

En lo que a mí respecta, desearía que se completaran mis siete años de espera. Ciertamente, no puedo permitirme mucho más —no puedo estar bien a mi edad. ¡Cómo se va la vida! Veo morir a hombres que eran muchachos, casi niños, cuando yo nací. Dentro de pocos años seré un hombre viejo. ¿Que otros elementos de juicio puedo tener, a más de los que tengo? ¿Qué madurez de mente he de esperar? Si estoy del todo cierto para poner manos a la obra, es más que tiempo no dilatarla. Permíteme que le dé mis fuerzas a esta obra, no mi debilidad —años en que podré serle provechoso a la causa que me llama, no desechos de vida. ¿No sería como arrepentirse en el lecho de muerte, el tirar por la borda lo que uno siente que debe hacer?

En cuanto a mis convicciones, sólo puedo decirte lo que ya te dije, que no puedo explicitar por qué pondría manos a la obra: es únicamente el pensamiento de que ofendería a Dios si no lo hiciera. No puedo explicitar lo que debo, salvo mediante una suposición. A mi edad todo el mundo quiere tranquilidad. Yo mismo quiero tranquilidad. Estoy renunciando a una posición protegida y adecuada a todo cuanto aspiro. ¿Por qué habría de hacer esto (me pregunto) salvo porque pienso que estoy llamado a hacerlo? Estoy ganando mucho con mis sermones (son sus Sermones Universitarios): para decir lo menos, me estoy arriesgando a esto: que mis sermones no se vendan más. Gozo de una buena reputación: estoy realizando todos sus peores deseos y dándoles el más ansiado triunfo. Estoy destrozando todo lo que amo, inquietando a cuantos he instruido y ayudado. Voy hacia quienes no conozco, de quienes espero muy poco. Me estoy convirtiendo en un descasado, y esto a mi edad. ¡Oh! ¿qué otra causa podría haber sino una inflexible necesidad?

Compadéceme, mi querida Jemina, ¿qué habré hecho para estar así desierto, para haber quedado abandonado al error, si es que es un error? Empecé defendiendo a mi propia Iglesia con todas mis fuerzas cuando otros no la hubieran defendido. Me expuse a detracciones defendiéndola. Tuve éxito en gran medida, se en medio de ese éxito, antes de ningún revés, cuando, en plena lectura, me acometió la idea de que estaba en una iglesia cismática. Me opuse a esta idea, escribí contra ella —año tras año escribí contra ella, e hice lo imposible para que otros se quedaran en la Iglesia. A partir del momento en que me asaltaron las dudas, empecé a vivir (en cuanto yo puedo juzgar) con mayor estrictez que en ninguna otra época de mi vida. Soy consciente, por cierto, de haber incurrido en muchas imperfecciones y de haber podido hacer cada cosa mucho mejor de lo que la hice. Pero hechas todas las cuentas, después de todo, ¿puedo no confiar humildemente que no

obré contra la guía y la gracia de Dios? ¿Y cómo es que mejoré en otros puntos si es que en esta importante materia estaba yo tan terriblemente equivocado?...

¿Por qué afligir tu benigno corazón con todas mis miserias? No obstante debés conocerlas, para evitar la gran miseria de mirarme externamente, extrañándote y afligiéndote de lo que parece incomprensible. ¿He de agregar que, a pesar de mi estado aflictivo, ni una vez se me ocurrió pensar "ojalá nunca hubiera enseñado teología"... "ojalá nunca hubiera escrito los Tractos, etc."? No pongo el acento en esto, sino lo dejo sentado... Desde ya, el corazón humano es misterioso. Puede que haya en mí algún profundo mal que no alcance a sondear; puede que haya hecho algo irreparable que exija castigo; ¿pero acaso no se puede confiar humildemente en que las diligentes oraciones que mucha gente buena hace por mí serán escuchadas? ¿Acaso uno no puede conformarse al hecho, sea cual sea el resultado? ¿Acaso no se puede esperar y creer, por más que uno no lo vea, que la mano de Dios está en el acontecimiento, si es que ha de haber acontecimiento; que El tiene un designio y que lo llevará a bien, y que nos mostrará que es bueno en Su momento? No dudemos, y que nunca haya causa para dudar, de que El está con nosotros. Constantemente le ruego que me haga descubrir si es que estoy engañando, ¿qué más puedo hacer? ¿En quién poner mi esperanza sino en El? ¿A quién iría? ¿Quién podría ayudarme? ¿Quién, sino El, puede decirme una palabra de alivio? ¿Quién me está mirando con un rostro doloroso sino El, que puede elevar sobre mí la luz de su rostro? Todo está contra mí —no habrá de agregarse El mismo como enemigo. ¡Pueda El hablarme, pueda yo escucharlo si es que Su voluntad fuera otra de la que yo creo que es!

Domingo de Ramos.— ...Así pues, mi querida Jemina, si puedes tú sugerirme algún consejo que yo no haya considerado, bien, y gracias; si no, tranquilízate, y piensa que quizás esté bien que me tengas fe, que quizás esté bien que creas que El, que me ha guiado hasta ahora, no permitirá que me equivoque. Estoy un poco más animado esta mañana, y digo lo que se me ocurre decir en este momento. ¿No tengo derecho a pedirte que no digas, como me dijiste en tu carta, que voy a cometer un error? ¿Qué derecho tienes a juzgarme? ¿Tiene derecho a juzgarme la gente que me juzgará? ¿Quién de entre mis pares, quién entre la gente que hablará impertinentemente sobre mí, tiene derecho? ¿Quién tiene derecho a juzgarme salvo mi Juez? ¿Quién se ha tomado tantas penas para conocer mi deber sino yo mismo? ¿A quién le cabe saber, sino a mí, lo que yo debo hacer? Puede que esté equivocado, pero el que me juzga es el Señor, y "no juzgues antes de tiempo".

Sus caminos no son nuestros caminos, ni Sus pensamientos son nuestros pensamientos. Puede que El tenga designios misericordiosos que estén por encima de nosotros. Hagamos nosotros lo mejor que podamos, y dejémosle a El el acontecimiento. El nos dará fuerzas para soportar. Soy yo el que tendrá que soportar más; y si no sucumbo yo al soportarlo, otros no deben sucumbir. Pueda yo hacer lo mejor; ¿acaso no estoy tratando de hacer lo mejor? —¿no podríamos confiar en que todo acabará muy bien? □

J. H. Newman mantuvo una asidua correspondencia con su hermana Jemima (casada con el Rev. John Mozley) durante el período previo a su decisión. En estas cartas se ve el cariño, así como la confianza y el respeto que reinaban en su fraternal relación. Pero salta a la vista que el proceso espiritual de conversión se le escapa a ella cada vez más. Consciente de la inquietud y hasta escándalo que esto le causaba, él trata de explicarse hasta el final.

En la primera carta se refiere al "importante paso" que dio en febrero de 1843: escribir y publicar "una retractación formal de todas las cosas duras que había dicho sobre la Iglesia de Roma" (Ap., p. 159). Previendo las "condenas" de que sería objeto por ello por parte de los anglicanos, Newman reivindica su propio derecho a "condenarse". ¿Cómo no hacerlo desde el momento en que descubre que son falsas las acusaciones que se le hacían a la Iglesia Católica?

La dramática vivencia de incompreensión sube de tono en las siguientes. En la segunda carta dice directamente que está dispuesto a beber su cáliz de amargura, lo que implica también asumir el dolor de ser motivo de aflicción y turbación para los demás. Jemima había hecho hincapié en que esto último debía tomarlo como un "aviso" de Dios para no seguir adelante. Newman le contesta que no descartará esta posibilidad, pero sólo hasta el momento en que la certeza se le imponga. Más importante que la "tranquilidad" es la verdad. Le da ejemplos históricos: no sólo todos los conversos han intranquilizado a sus contemporáneos, sino también la predicación del Evangelio. Más aún: hace hincapié en que las acusaciones y persecuciones son una "nota" de la Iglesia. Justamente, las mentiras que se dicen de él en este momento, le revelan cuán mentirosas son

las cosas que se han dicho sobre los jesuitas del pasado. ¡Esto es como una confirmación de su reciente "retractación"!

Así y todo, en la tercera carta, escrita en vísperas de la Navidad de 1844, se advierte que a ella le costaba no caer en las interpretaciones que corrían sobre su hermano: se le adjudicaban toda clase de motivos, menos el único real: "creer que la Iglesia Romana es la verdadera". ¡Ni siquiera su hermana, era capaz de salirse de su propio punto de vista para tratar de comprender el de Newman! Este, por el contrario, hace todo lo posible para entender las actitudes de los demás. ¡Con qué paciencia va desentrañando la psicología y la lógica de la gente! ¡Con qué humildad le abre él su corazón y la hace partícipe de su examen de conciencia! Pero este examen de conciencia, no lo hace Newman ante los demás, sino sólo ante Dios.

Examinándose, Newman descarta todo motivo espúreo: no es por conveniencia, sino por convicción, que se dispone a dar el paso.

La última carta es aún más dramática. Newman la escribe el Domingo de Ramos de 1845, como preparándose a seguir las huellas del Señor en su Via Crucis. Su despojo y abandono es total. Nada le queda sino confiarse plenamente en Sus manos. Llama la atención, sobre todo, su rechazo a todos los juicios humanos y el atenerse únicamente al Juicio de Dios. Una vez más, es su conciencia, y nada más que su conciencia, la que se somete a la mirada y Providencia divinas, sin permitir que nada externo interfiera. "Quien no sea capaz de dejar madre y padre, casa y hermanos, por amor de Mí, no es digno de Mí"...

Newman está "*solus cum solo*". Ya se apresta a vivir su Viernes Santo, pero ya atisba también la salida luminosa... □

La Misión de San Felipe Neri

Introducción y traducción del P. Fernando M. Cavaller

Este año, no sólo es Jubilar por cumplirse 150 años de la conversión de Newman, sino que lo es también por cumplirse 400 años de la muerte de san Felipe Neri. La coincidencia no podía ser más providencial, puesto que Newman tuvo no sólo una especial devoción personal por San Felipe, sino que después de su conversión eligió la Congregación del Oratorio por él fundada en el siglo XVI, como el lugar más apto para vivir su condición de sacerdote católico, junto con sus seguidores, en Inglaterra, donde a su regreso de Roma, fundó el primer Oratorio inglés, en la ciudad de Birmingham.

Por ello nos ha parecido lo más apropiado incluir en este número, la semblanza de San Felipe Neri que Newman mismo hizo en un Sermón de 1850, y a continuación el primer capítulo del libro "Newman, el oratoriano", del Padre Murray, de reciente aparición, que trata sobre la figura sacerdotal de Newman, como anglicano, después de su conversión, como oratoriano.

En lo referente al sermón, además de apreciar la vida de San Felipe, ten-

dremos la oportunidad de captar con rasgos bien nítidos la personalidad de Newman, que se trasluce en su texto, y considerar la verdadera semejanza que estos dos hombres, uno ya canonizado, otro en vías de serlo, tuvieron en la misma Iglesia de Dios. Llamará, seguramente, la atención la erudición histórica de Newman, así como su penetrante visión de los hechos, y la admirable comparación que hace entre Savonarola y San Felipe.

El capítulo del libro del Padre Murray, forma parte de un admirable libro que presenta a Newman en su condición de sacerdote, como predicador, en su devoción eucarística y celo por las almas, y que incluye la publicación por vez primera de los "papeles" inéditos que Newman escribió, dirigidos a sus padres del Oratorio, en orden a profundizar el espíritu filipino de la vocación a la que Dios los llamaba. Probablemente sigamos presentando en números sucesivos los demás capítulos de esta interesante obra, con el correspondiente permiso de su autor.

Sermons preached on Various Occasions

SERMON XII

Predicado en el Oratorio de Birmingham,

con ocasión de su primer aniversario, el 15 y el 18 de enero de 1850

La misión de San Felipe Neri

*"También yo, el último, me he levantado, como quien racima tras los viñadores.
En la bendición del Señor puse mi esperanza, y llené mi lagar, como
el que vendimia. Observad que no he trabajado para mí solo,
sino para todos los que buscan instruirse."*

(Eclesiástico 33, 16-18)

I Parte

El cuadro de San Felipe está siempre en esta Capilla, y su imagen está siempre en nuestras mentes. No sólo nosotros, que pertenecemos a su Congregación y nos hemos consagrado a su servicio, sino vosotros, mis queridos hermanos y niños, que venís a rezar aquí bajo su sombra, vosotros también, estoy persuadido, le lleváis consigo a vuestros hogares, y halláis por experiencia el beneficio de tener semejante patrono. Su conmemoración es costumbre diaria en este barrio, y la Octava de su Fiesta acompaña el ciclo completo del año. En ninguna época es necesario haceros recordar de él, ni en esta época en particular existe alguna razón especial ni litúrgica ni de costumbre que lo haga apropiado u obligatorio. Y aún así, en nuestro caso, es más natural pensar y hablar de él en este tiempo que en cualquier otro, pues nos aproximamos al aniversario de su llegada a Inglaterra y a Birmingham, y estamos dando gracias a nuestro buen Dios en una serie de devociones, por toda las mercedes que, a través de su intercesión, han sido derramadas sobre nosotros, en estos dos años. Estamos ahora cerca de completar el segundo año desde la introducción del Oratorio en Inglaterra¹, y cerca de completar el primer año

desde que puso su morada en esta populosa ciudad², a la que fue enviado por el Breve Papal. Estamos seguros de que nuestras perspectivas se extenderán a nuestros éxitos se multiplicarán, a medida que transcurra el tiempo, y podemos suministrar los elementos, o establecer los rudimentos de Oratorios para otros lugares. Pero, si es verdadero el proverbio que dice "aquél que comienza ha hecho la mitad del trabajo", se nos ha mostrado una gracia tal este último año, parecida a la cual nunca la tendremos nuevamente.

No solamente, en esta época, nos volvemos con gratitud hacia nuestro querido Santo y Padre, por lo que ha hecho por nosotros. También le miramos como nuestro modelo más necesario, en el reconocimiento que debemos expresar a Dios por ello. El, que nos ha ganado las misericordias de Dios, él, mis queridos Padres del Oratorio, debe enseñarnos a usarlas dignamente. Y eso nos lleva a pensar y a profundizar tanto en él como en su historia, como si fuera ahora su fiesta anual; nos lleva a extendernos sobre los rasgos especiales de su carácter y los pasajes memorables de su vida, si no por él, al menos por nuestro propio bien, y si no es por honrarle, al menos para tener una guía para nosotros mismos, por razón de la luz que proyecta todo lo que se recuerda de él, sobre nuestra vocación, nuestras obligaciones y nuestra obra, pues solamente somos sus verdaderos seguidores cuando

1. 2 de febrero de 1848.

2. Birmingham.



**San Felipe
Neri con
jóvenes de
Roma.
Cuadro de
Rafael
Rosés
Rivadavia**

hacemos lo que él hizo. Más aún, aunque todo esto es materia de reflexión que nos concierne a los miembros del Oratorio en primer lugar, debe tener interés también para aquellos que, como vosotros, mis hermanos, servimos con nuestro ministerio. Pues, considerando que existen muchos oficios, misiones y tareas en la Iglesia Católica, entenderéis más exactamente qué es en particular lo que el Oratorio se propone hacer por vosotros.

Permitidnos, pues, inquirir cómo eran los tiempos de San Felipe, y qué lugar ocupó en ellos, cómo fue elevado a hacer lo que hizo, cómo lo hizo, y cómo nosotros, Padres míos del Oratorio, debemos hacer de su trabajo y de su modo de realizarlo, un modelo para nosotros hoy.

1. Su época fue tal como la Iglesia no la había visto nunca antes ni la vio después, tal que el mundo deberá durar mucho tiempo para que Ella la vuelva a ver; no sólo fue peculiar en sí misma, sino que significó una prueba singular y de lo más severa para la fe y el amor de Sus hijos. Fueron tiempos de tamiz y riesgo, y de "caída y resurrección de muchos en Israel". Nuestro bondadoso Señor, lo sabemos bien, nunca abandonará a la Iglesia, la sostendrá en todos los peligros, y durará mientras dure el mundo. Pero si hubo alguna vez un tiempo en el que parecía prepararse para abandonarla, no fue el tiempo de persecución, cuando miles y miles de sus ele-

gidos fueron tronchados y su rebaño diezmado; no fue en la edad media, cuando la ferocidad del soldado y la sutileza del sofista la asediaron; fue en aquel triste tiempo, en el final y en la plenitud del cual San Felipe emprendió su obra. El Cardenal Baronio, gran autor y uno de sus hijos, ha dicho de la época oscura que fue un tiempo en que Nuestro Señor parecía estar dormido en la barca de Pedro. Pero existe otro pasaje del Evangelio, más admirable aún que la historia de aquel sueño, y que tuvo un cumplimiento más asombroso también, en aquel período del cual tengo que hablar. Hubo un tiempo en que Satanás tomó corporalmente al Rey de los Santos, y lo llevó adonde quiso, y nuestro Santísimo Salvador y Señor fue estrechado en los brazos de la ambición, la avaricia y la impureza. De la misma manera, Su Iglesia, que le sigue detrás Suyo, aunque plena de dones divinos, la Esposa Inmaculada, el Oráculo de la Verdad, la Voz del Espíritu Santo, infalible en materia de fe y costumbres, ya sea en la silla de su Pontífice Supremo o en la unidad de su Episcopado, sin embargo, fue tan contaminada, tan implicada en el pecado y el desorden durante aquel tiempo, como para aparecer ante los ojos del mundo siendo lo que no era. Nunca como entonces sus gobernantes estuvieron, algunos en mayor grado, otros menos, tan cerca de contemporizar con lo que nunca se debe contemporizar, nunca tan cerca de negar



Cosme el Antiguo. De Pontormo

Lorenzo el Magnífico. De Vasari



en privado lo que enseñaban en público y de no realizar en sus vidas lo que profesaban con sus bocas. Nunca estuvieron tan mezclados con la vanidad, tan tentados por el orgullo, tan obsesionados por la concupiscencia, nunca respiraron atmósfera tan viciada ni fueron besados por amigos traidores semejantes, ni sometidos a tales espectáculos vergonzosos, ni fueron revestidos de violencia y sangre, como en el siglo en el que San Felipe vino al mundo. ¡Ay de nosotros, mis hermanos!, pues el escándalo de los hechos en Italia entonces, lo estamos dando a luz ahora en Inglaterra, nosotros.

Fue una época en que la apasionada testardez del barón feudal era aún vigorosa, y siendo la civilización impotente todavía para satisfacer las quejas de la sociedad en general, dio a los príncipes y a los nobles tanto para poseer como antes, y menos para sufrir, hizo crecer su pompa y disminuir sus obligaciones y sus riesgos. Llegó a ser el amparo de los vicios que no extirpó y que se vengaron ciertamente, enseñándole a ser falsa y probándole que la incredulidad era vene-

rable por ser antigua. Tales fueron las características de la época de San Felipe, y Florencia, lugar de su nacimiento, presentaba la más completa exhibición de las mismas, y después de Florencia, Roma, la ciudad de su adopción.

Florencia era por aquellos tiempos la más intelectual y magnífica ciudad de Italia. Alrededor de un siglo antes, uno de sus mercaderes y banqueros más ricos¹ había llegado a ser su virtual gobernante, transmitiendo su poder a sus descendientes, quienes todavía lo tenían. La historia de esta familia está íntimamente ligada con aquella de la Santa Sede. De a ratos fueron sus enemigos. Terminaron por darle tres o cuatro príncipes de su propia sangre, pero ya fuera en alianza con Ella o en guerra, tanto en Florencia como en Roma, ejercieron, al menos por algunos años, una influencia perjudicial a su verdadero ser religioso.

Fue el tiempo del renacimiento de lo que se llama educación clásica, esto es, la enseñanza de las antiguas Grecia y Roma. Constantinopla ha-

1. Cosme de Médici



Florençia.

bía sido tomada recientemente por los turcos, quienes todavía la sojuzgaban; sus maestros, junto con sus tradiciones y manuscritos, escaparon a Italia y encontraron un hogar en Florençia con aquella poderosa familia. Las cabezas de esta familia llegaron a ser especiales patrocinadores de la literatura y de las Artes, guías del renacimiento clásico. Se abrieron escuelas públicas bajo sus auspicios, se estudió la lengua griega, fue instalada una Academia de filosofía, y se fundó una biblioteca, ubicada en el Convento de San Marcos. Su bibliotecario con el correr del tiempo llegó a ser Papa¹, y fundó en Roma la famosa Biblioteca Vaticana. Fueron coleccionados libros en las lenguas de Oriente, hebreo, árabe y aún hindú, y los escritos perdidos de los autores griegos y romanos se dieron a luz y fueron publicados.

Veréis que hasta aquí, hay poco que pueda ser censurado. El renacimiento de la enseñanza era en sí mismo un gran beneficio a la humanidad, y la labor que significó fue bien otorgada. Pero en este mundo el mal sigue al bien como su sombra y la humana naturaleza pervierte y corrompe lo que intrínsecamente es inocente o loable. Así pues, en este caso, la búsqueda de la en-

señanza antigua llegó a ser una pasión. Del mismo modo que los claustros desmoronados del oriente fueron registrados minuciosamente y los manuscritos hallados y descifrados, que las ruinas de los edificios paganos fueron excavadas, montones de tierra removida y desenterradas las esculturas del arte clásico, así también una incontrolable excitación, una intoxicación, se apoderó de los que estaban ocupados en la obra. Se apoderó del joven y del viejo. Mientras un célebre arqueólogo² dedicó cincuenta años al descubrimiento de autores antiguos y el cabello de otro³ se volvió blanco por perder en un naufragio la carga de sus descubrimientos, nobles damas llegaron a ser prodigios de aprendizaje, y un joven de veinte años⁴ se mostró en Roma como maestro de veintidós idiomas y propuso novecientos temas de disputación.

El magnífico arte de la imprenta, que había sido descubierto recientemente, se agregó al entusiasmo, no meramente por lo que realmente hizo en aquel momento, sino por el brillante fu-

1. Nicolás V

2. Poggio

3. Guarino

4. Pico de la Mirándola

turo que abría a la imaginación, al avance tanto del conocimiento como de la sociedad.

Este no fue el límite de los descubrimientos de aquella época notable. Llegaban noticias de otro continente más allá del océano. América del Norte y del Sur llegaron a ser conocidas en Europa, y la extensión de la tierra se duplicó. Circulaban los extraños relatos, verdaderos o falsos, de las riquezas, del oro, de la plata, de las gemas, de los animales y de la producción vegetal del nuevo hemisferio. La mente de las gentes se llenó de mil fantasías. Nadie sabía lo que estaba pasando, cualquier cosa podía esperarse, una nueva era había comenzado en el mundo y se estaban preparando enormes cambios, políticos y sociales. Hubo una sacudida del gigantesco intelecto del hombre, que descubrió tener poderes y recursos de los cuales no había sido consciente antes, y comenzó anticipadamente a idolatrar sus triunfos.

Mientras el mundo estaba comenzando a ser tan fuerte, la Iglesia, por otro lado, era por el momento proporcionalmente débil, en lo que se refería a sus instrumentos humanos del poder. Era grande, por entonces, sin duda, su grandeza temporal, y grande era, como siempre lo será, en su invisible fuerza divina, pero en los elementos ordinarios de su grandeza y armas de su éxito, en el orden y la disciplina, en la vigilancia pastoral, en la santidad de sus miembros individuales, en estos aspectos ciertamente estaba en desventaja. No es de mi gusto, ni vosotros deseáis, hermanos, que me extendiera en tan dolorosa materia. Las grandes familias italianas intrigaron y lucharon por conseguir el pontificado, como si hubiera sido un principado meramente terrenal. Por este motivo, la Iglesia fue incapaz por el momento, dada la escasez de defensores, de hacer frente al entusiasta y vehemente movimiento que he estado describiendo, y que la asolaba por dentro y por fuera.

Todas las cosas son buenas en su lugar: el aprendizaje y la ciencia humanas, los trabajos de los genios, las maravillas de la naturaleza, todo, como he dicho, tiene su uso, cuando permanece subordinado a la fe y al culto a Dios, pero no es más que un abuso si se les permite absorber la mente, y si la religión se les hace secundaria. Son tan fascinantes, tan encantadoras, tan presentes, tan tangibles, compulsivas, en su influencia, que a menos que la Ciudad Santa esté en alerta, es

casi siempre seguro que actuarán en perjuicio de los más grandes intereses del hombre. Así fue en el tiempo al que me refiero. Lo que era bello fue colocado antes de lo que era verdad, o mejor, la belleza de la creatura fue preferida a la trascendental belleza del Creador. Se toleró que la naturaleza y el arte, el rico material, la mente creativa, invadieran y oprimieran a la Iglesia en vez de servirla. El mundo penetró en su santo recinto a la fuerza y lo embelleció según su propio estilo. Se dirigió a sus gobernantes, que estaban bien enervados por el homenaje de las naciones, e intentó persuadirlos que disfrazaran a la temible Novia del Cordero con las viejas vestes paganas, que habían sido destruidas desde su llegada. Hubiera sido por lejos más correcto haberle pedido que tomara parte de las ceremonias abolidas de la ley mosaica, que imponer la literatura clásica en vez de la enseñanza de los Santos Padres. Fue Satanás arrastrándola hacia lo alto del monte y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, con la esperanza de tentarla para que olvide su misión.

"Comamos y bebamos que mañana moriremos", eso que era dicho por los antiguos paganos, era dicho ahora casi con las mismas palabras, por cristianos, no entendiendo, por cierto, negar con ello la vida venidera, pero sí esperando el futuro sin tener que dejar ningún gozo del presente. Si bien no se les permitió a los artistas, poetas y filósofos que florecieron bajo la sonrisa de la gran familia florentina y a sus discípulos a través de Italia, decorar la santa Iglesia a su voluntad y placer, al menos pudieron hacerlo con el mundo, que caído como es, lo hicieron aún más, por el esplendor de sus genios, un verdadero paraíso de deleites. Adornaron el pecado y dignificaron la incredulidad. La vida fue para ellos un largo jolgorio. Hicieron fiestas, practicaron deportes, moldearon formas y pintaron rostros de la más perfecta belleza humana, se permitieron el ingenio licencioso, escribieron versos indecentes, usaron con ligereza las palabras de la Escritura, querellaron, usaron el cuchillo, huyeron al santuario, y luego salieron nuevamente para seguir en el mismo círculo de placer y de pecado. Festivales y Carnavales llegaron a ser tiempos de feriado popular para que pudiesen concurrir a las representaciones y mascaradas, y los excesos del paganismo fueron renovados con los refinamientos suministrados por asociacio-

nes clásicas. Danzas, procesiones y canciones, formaron parte de los entretenimientos. Florencia fue especialmente el escenario de la representación, y toda su población intervino o bien como actores o como espectadores. El tiempo elegido era la noche, las actuaciones continuaban bajo la luz de las antorchas, y grupos de mujeres como de hombres tenían sus partes asignadas, y no terminaban hasta después del amanecer. En el día de San Juan Bautista, el año anterior al nacimiento de San Felipe, una exhibición semejante tuvo lugar, con torneos y otras celebraciones, en aquella misma ciudad, su lugar natal. Siete príncipes sagrados llegaron de incógnito para estar presentes. Dos leones y una pantera fueron enviados como regalo por un miembro de la familia reinante, que después se sentó en el Vaticano, y se erigió un arco de triunfo en honor del donante, en frente al convento dominico de San Marcos.

Todo esto por el pueblo: sus gobernantes, que habían presentado o patrocinado estos espectáculos, y el círculo inmediato de aquellos gobernantes, fueron más lejos aún. Tomaron nombres paganos, guardaron las fiestas del fundador pagano de Roma y al filósofo pagano Platón y murieron con las consolaciones paganas sonando en sus oídos. Intentaron mantener relación con los poderes del mal. Tenemos el documento que testimonia una escena en el gran anfiteatro de Roma llamado Coliseo. Se dice que el hechicero poseía un carácter sagrado y se describe como miles de demonios aparecían ante sus encantamientos, y prometieron y guardaron sus promesas de conceder una perversa gratificación al célebre artista¹ que los había consultado. Pecado mayor no pudo haber sido cometido por un eclesiástico, pero hubo escándalos peores. Si aún en el mismo comienzo del Evangelio, cuando la fe era más celosa y el corazón más puro, existió un Judas entre los Apóstoles, y un Nicolás entre los diáconos, y un Simón el Mago entre los neófitos, no necesitamos maravillarnos, bien que lo debemos lamentar, que en la época degradada de la que estoy hablando, pudiera haber recaídas, mucho más numerosas que aquellas primeras, sino tan grandes en la enormidad de su crimen. Uno de los más celosos restauradores de los estudios clásicos, del que ya he hablado, era un eclesiástico que tenía una familia². Uno de los principales escritores de cuentos li-

cenciosos tenía obligaciones religiosas y episcopales³. Y un escritor⁴, que es reconocido como el más vil de su tiempo, siendo patronizado por una de las grandes familias florentinas en Roma, fue suficientemente audaz como para poner su corazón (sin éxito) en llegar a ser Cardenal de la Santa Iglesia.

Bien y mal, sacras prerrogativas y corazones llenos de pecado, fueron puestos en estrecho contacto, maravillosa y horriblemente. Los Soberanos Pontífices eran tratados familiarmente, y luego calumniados a sus espaldas por los artistas libertinos a quienes habían beneficiado. Hombres santos crecieron y ganaron sus coronas, nacidos de familias sobre cuya historia se ha colocado la nota de la vergüenza. Dos ejemplos de este portentoso se os ocurrirá, mis queridos Padres, dos Santos contemporáneos de San Felipe: San Francisco de Borja, el tercer Padre General de la Compañía de Jesús, que llevaba un nombre vergonzoso en la historia de Roma, y Santa María Magdalena de Pazzi, venida de un linaje florentino infame por un hecho combinado de sacrilegio, sangre y traición, quizás sin paralelo alguno.

Estos son algunos de los rasgos de aquellos tiempo en los cuales San Felipe fue enviado al mundo. Ciertamente, se necesitaba un Apóstol tanto para Florencia como para Roma.

2. Para Florencia, este apóstol pareció haber sido encontrado justo antes de San Felipe. Recordaréis, mis hermanos, que más de una vez os he hablado del gran convento dominico de San Marcos. Aquel convento, construido por el primer príncipe de la rica familia que he mencionado tan a menudo, fue consagrado a un estilo de arte y a un género de estudios bien diferentes de aquellos por los que Grecia y Roma eran famosas. Bajo la sombra de Santo Domingo, tuvo lugar solitario aquel estudio, sirviendo a la más simétrica teología y a una filosofía en concordancia. La serena sabiduría que su nombre trae a la memoria, había sido llevada a la poesía y a las bellas artes, por el genio de sus hijos y de sus clientes. Aquel mismo convento de San Marcos está aún embellecido por las célebres pinturas realizadas por un artista dominico, llamado el Angélico, como Santo Tomás, y alrededor de la

1. Cellini.

2. Poggio.

3. Bandello.

4. Pietro Aretino.

misma época hubo de ser gobernado por un célebre confesor y escritor dominico, más tarde arzobispo de la ciudad, San Antonino. Llegó también aquí, cerca de treinta años después y poco antes del nacimiento de San Felipe, aquel fogoso reformador, también dominico, de quien voy a hablar como una suerte de Apóstol de Florencia, un hombre, ciertamente, de imponente elocuencia y extraordinaria influencia, lleno de las tradiciones de su Orden, y que abrigaba un feroz odio al renacimiento literario pagano y al gusto clásico del momento. Menciono su nombre a cuenta del afecto que San Felipe tuvo a su memoria: Savonarola.

Hijo verdadero de Santo Domingo, en su energía, severidad de vida, desprecio al estudio meramente secular, precursor del dominico San Pío en audacia, en resolución, en celo por el honor de la Casa de Dios, y por la restauración de la santa disciplina, Savonarola sintió "conmoverse su espíritu dentro suyo", como otro Pablo, cuando llegó a aquel hermoso hogar de genio y filosofía, pues encontró Florencia como otra Atenas, "totalmente dada a la idolatría". Gimió dentro suyo, estuvo angustiado y rehusó consolación, cuando contempló una corte y un pueblo cristiano enorgullecidos de su grandeza material, sus dones intelectuales y su refinamiento social, mientras se abandonaba al lujo, la fiesta, la canción y la jarana, magníficos espectáculos y espléndidos vestidos, poesía impura, arte sensual y depravado, especulaciones paganas y prohibidas prácticas supersticiosas. Su espíritu vehemente no pudo ser contenido y tomó lo mejor de él. De modo diferente al del Apóstol, cuya prudencia, amabilidad, bondad y méritos humanos, en ninguna parte se muestran más felizmente que en su discurso a los atenienses¹, Savonarola ardió en un torbellino de indignación e improperios contra todo lo que encontró en Florencia, y condenó el sistema establecido completo y a todos los que tomaban parte de él, encumbrados o no, príncipes o prelados, eclesiásticos o laicos, con un rigor sin piedad. Con lo cual, por el momento, hizo ciertamente muchísimo más que lo que San Pablo pudo hacer en el Areópago, pues allí convirtió uno o dos y luego partió, mientras que Savonarola obtuvo inmediatamente un gran éxito, atemorizó y desconcertó a los ofensores, reunió en torno suyo a los mejor dis-

puestos y favoreció y desarrolló todo lo que había de devoción tanto en la multitud como en la clase alta.

Lo que constituía el secreto de su éxito era la verdad de su causa, la seriedad de sus convicciones, la resolución de sus propósitos, la imparcialidad de sus censuras, la intrepidez de sus amenazas. Aunque un motivo menos loable prestó su ayuda. Hombres coronados rodeaban un púlpito desde el cual otros eran atacados tanto como ellos mismos. Al humilde culpable se le dijo que el crimen nivelaba los rangos, y encontró gustoso que él era un ganador en la desmoralización común. Los laicos soportaron ser denunciados, cuando los clérigos no fueron excusados, y el rico y el noble sufrieron una prédica que no paró sino cerca de la sagrada Silla de San Pedro.

"En las casas de los grandes prelados y doctores no se piensa más que en poesía y en retórica", gritaba. "Id y ved vosotros mismos; los encontraréis con libros de literatura cortés en sus manos, perniciosos escritos, con Virgilio, Horacio y Cicerón para prepararse para la cura de almas por añadidura. Astrólogos tienen el gobierno de la Iglesia. No hay prelado ni doctor que no intente con algún astrólogo que le prediga la hora y el momento para salir a caballo o cualquier otra cosa que haga. Nuestros predicadores han abandonado la Sagrada Escritura y se han dado a la Filosofía, la cual predicán desde el púlpito y tratan como a su reina. En cuanto a la Sagrada Escritura, la hacen ser la criada, pues predicar filosofía parece ilustrado, mientras que debería ser simplemente una ayuda en la interpretación de la palabra divina".

"Nuestra Iglesia", continuaba, "tiene muchas elegantes ceremonias en el culto divino, finas vestimentas, un despliegue poco común de colgaduras y ropajes, candelabros de oro y plata, tantos finos cálices, realmente magníficos. Esos grandes prelados con sus elegantes mitras de oro y joyas, con cruces de plata, finísimas casullas y capas de brocado, están allí en el altar cantando hermosas vísperas, refinadas misas, tan solemnemente, con tan magníficas ceremonias, tanto órganos y cantantes, que vuestra cabeza da vueltas. Y os parece que estos hombres tienen mucha gravedad y apariencia de santidad, y pensáis que no pueden hacer el mal sino que sus palabras y acciones son el Evangelio, y claman

1. Hech. 17



Savonarola.
Por Fray Bartolomeo

vuestra observancia. Así es como está hecha la moderna Iglesia. Los hombres se alimentan de estas cáscara, se hacen felices en estas ceremonias, y dicen que la Iglesia de Jesucristo nunca estuvo en un estado más floreciente y que el culto divino nunca se realizó como al presente. Así es como dijo un gran prelado en una ocasión, que la Iglesia nunca estuvo tan honorable ni sus prelados en tanta reputación, desde que sus primeros prelados no fueron sino pequeños hombres, pues eran humildes y pobres, y no tenían tan grandes obispados y ricas abadías como los nuestros de hoy día, ni tenían todavía semejantes mitras de oro, semejantes cálices. ¿Me entendéis? Quiero decir que en la primitiva Iglesia, los cálices eran de madera y los prelados de oro, pero ahora los cálices son de oro y los prelados de palo”.

“¡Oh Italia!”, lloraba con el tono de un profeta, “¡Oh gobernantes de Italia! ¡Oh prelados de

la Iglesia! la ira de Dios está sobre vosotros y solamente vuestra conversión la apartará. Haced penitencia mientras la espada está en la vaina, antes de que se embeba en vuestra sangre. ¡Oh Italia! serás entregada en manos de una feroz y bárbara nación, cuyo único placer será hacerte mal. Y Roma, lo pasarás peor que cualquier otra ciudad, vuestras posesiones y tesoros serán puestos en sus manos”.

Tan audaz lenguaje ocasionó por el momento más una revolución que una reforma. El eloquente predicador llegó a ser un político partidista. La gran familia fue forzada por circunstancias políticas a irse, y por la mejor parte de diez años, Savonarola fue gobernante de Florencia. No sólo la plebe, sino cortesanos, nobles damas, estudiantes, artistas, todos se pusieron a su disposición y se hicieron discípulos. El encontró un camino hacia el corazón de filósofos, poetas, pintores, grabadores, escultores, arquitectos, y los

hizo renunciar a sus gustos paganos y a sus paganas aspiraciones. "Contemplad el sol", decía, "su belleza consiste en poseer luz; contemplad los espíritus benditos, su belleza es luz; y Dios mismo, porque El es la mayor plenitud de luz, es la belleza misma. La belleza de cada creatura es tanto más perfecta cuanto más fielmente refleja la belleza de Dios, y el cuerpo es bello en proporción a la belleza del alma. Considerad cuál debió haber sido la belleza de la Santísima Virgen, quien poseyó tal santidad que brilló desde todos sus rasgos. Considerad cuán bello era Cristo, que era Dios y hombre. Ahora, hasta Aristóteles, que era un pagano, nos ordena no tolerar pinturas indecentes, porque mirándolas los niños no sean corrompidos. Pero, ¿qué os diré a vosotros, pintores cristianos, que ejecutáis estas inmodestas figuras? Os digo que no lo hagáis más. Vosotros que las tenéis y las destruís, haced un trabajo que plazca a Dios Altísimo y a la Santa Virgen. 'Habéis dedicado Mi templo y Mis iglesias a vuestro Dios Moloch', dice el Altísimo. ¡Ved cómo actúan en Florencia! Las madres traen a sus hijas solteras a la catedral y las engalanan para la representación hasta que parecen ninfas. '¡Estos son vuestros ídolos, que habéis colocado en Mi Templo!'. Los hombres jóvenes dicen de ésta o aquella doncella 'Esta es Magdalena', 'Este es San Juan', porque vosotros pintáis figuras en la iglesia que retratan esta o aquella mujer. Vosotros pintores estáis equivocados, introducís las vanidades mundanas dentro de la Iglesia. ¿Creéis que la Santísima Virgen estaba vestida como la representáis? Os digo que ella vestía modestamente, y tan velada que uno podía ver escasamente su rostro, y Santa Isabel también fue modesta y simple en su vestir".

Fueron maravillosas las conversiones que siguieron a la enunciación de verdades tan innegables, tan graves en significado, hechas valer con tanta seriedad. En cuanto a los artistas, muchos de ellos se hicieron dominicos, y el convento de San Marcos tuvo que ser ampliado para contenerlos. Los miembros de otro convento de la ciudad, sintiendo su estado de relajación, imploraron ser aceptados por él como cuerpo y tomar la regla de Santo Domingo. La población de Florencia se levantaba de sus lechos después de medianoche, en invierno, para escuchar sus sermones. Allí permanecían de pie en la iglesia, esperando, cirio en mano, o cantando himnos o re-

zando o diciendo el oficio, por tres o cuatro horas, hasta que él comenzaba a predicar. Mostraban los frutos de sus exhortaciones en sus hogares. Las mujeres reformaron sus vestidos, jóvenes ignorantes sus canciones ligeras, las cabezas de familia leían las vidas de los Santos a sus hijos. Finalmente, el celoso predicador determinó hacer, como toque de arrepentimiento, una solemne conflagración en la gran plaza, de todos los escándalos y las variadas ocasiones de pecado de que abundaba la ciudad. Para el tiempo del Carnaval, el festival especial del mundo, la carne y el demonio, invitó a toda la ciudad a este severo acto de reparación. Levantó una alta pirámide y colocó una cantidad de pólvora en su base. Sus innumerables penitentes se formaron en larga procesión, marchando con los instrumentos e incentivos de la iniquidad en sus manos, para ser ofrecidos en expiación de sus pecados. Fue un costoso sacrificio, implacablemente realizado. Artistas había que traían sus bellas pinturas, retratos y figuras en marfil y alabastro, y las arrojaban en la pira. Otros traían ricos tapices trabajados; otros, laúdes, flautas, guitarras, naipes, dados, espejos, perfumería, pinturas, máscaras, disfraces; otros, novelas y poemas. Luego se aplicaron antorchas, y en medio del toque de campanas y de las aclamaciones de la vasta multitud, todo fue reducido a cenizas. Un extranjero había ofrecido en vano 20.000 coronas para rescatarlo de las llamas. La misma impresionante ceremonia fue repetida al año siguiente.

Concederéis, mis hermanos, que fue un hombre maravilloso este Savonarola. No diré nada más de él, excepto lo que fue el resultado de sus reformas. Por años, como he dicho, siguió su propio camino. Al final, su inocencia, sinceridad y celo fueron la ruina de su humildad. Presumió. Se exaltó a sí mismo contra un poder que nadie puede acometer sin desventura. Se colocó en oposición a la Santa Sede, y, como algunos dicen, desobedeció sus mandatos. No se hace una reforma desobedeciendo. Este no era el camino para un Apóstol, ni de Florencia ni de Roma. Luego, los problemas cayeron sobre él, siguió una gran reacción, sus enemigos ganaron la mano, él comenzó a hacer extravagancias, la gente lo abandonó, fue condenado a muerte, estrangulado, colgado en la horca y luego quemado en la misma plaza donde había prendido fuego al costoso mobiliario de la vanidad y del pe-



Iglesia y Convento de San Marcos.

Construidos en el siglo XIII por los Silvestrini, fueron ampliados posteriormente por Michelozzo.

cado. Y luego la rica y poderosa familia retornó a Florencia, y las cosas continuaron más o menos como antes, y en el mismo año precedente al nacimiento de San Felipe, tuvo lugar aquel festival bullicioso en el día de San Juan Bautista, frente al convento de San Marcos, del que ya he hablado.

Y ahora tengo que agregar algo más a la pintura que me he propuesto haceros del estado de cosas, tanto en Florencia como en Roma, cuando San Felipe fue llevado a ser un Apóstol de otra suerte.

II Parte

Florencia tuvo, pues, su Apóstol. Hemos visto su comienzo y su fin. Fue un hombre celoso y heroico, pero, tanto como podemos juzgar, no alcanzó el nivel de un santo. No es por el entu-

siasmo de la multitud o por la violencia política, no es por la declamación poderosa o despotricando contra sus autoridades, que se ponen los fundamentos de las obras religiosas. No es por repentina popularidad, o por fuertes resoluciones y demostraciones, o por incidentes románticos, o por éxitos inmediatos, como comienzan las empresas que han de perdurar. No digo que ser despertado, aún por un momento del sueño del pecado al arrepentimiento, y ser absuelto aún cuando siga una recaída, sea poca ganancia, o que el brillante pero breve triunfo de Savonarola sea despreciable. Hizo bien en su momento, aunque su momento fue corto. Aún así, después de todo, su historia trae a la mente aquel pasaje de la historia sagrada, donde el Altísimo descubre su presencia a Elías en el Monte Horeb. "El Señor no estaba en el viento", ni "en el terremoto", ni "en el fuego", sino que después del fuego llegó "el susurro de una brisa suave".

Así fue con el mismo Señor de la gracia cuando llegó sobre la tierra, y así es con Sus siervos elegidos después de El. Creció en silencio y oscuridad, olvidado por el mundo y luego triunfó. Fue el grano sembrado en la tierra, que, mientras el hombre "duerme y se levanta, noche y día, aparece y crece sin que él sepa cómo". Fue la semilla de mostaza, "que es la más pequeña de las semillas, pero cuando crece, se convierte en un árbol en cuyas ramas se cobijan los pájaros del cielo". Creció "como tierna planta y como raíz en tierra sedienta", y "Su aspecto era, como si fuera, oculto y despreciado, por lo cual no Le estimamos". Y cuando comenzó a predicar, "no luchó ni gritó, ni quebró la caña cascada, ni apagó la mecha humeante", y por eso "emitió juicio de victoria". Así fue en el principio y así ha sido desde entonces. Después de la tormenta, el te-

rremoto y el fuego, la calma, el susurro de la brisa suave. Después de Savonarola, Felipe.

1. Felipe nació en Florencia unos veinte años después. La memoria del heroico fraile estaba aún fresca en las mentes de los hombres, que hablarían familiarmente de él a la generación más joven, de las escenas que sus propios ojos eran testigos y de los actos de penitencia que habían hecho por su mandato. Especialmente vívidos serían los recuerdos suyos en el convento de San Martos, pues allí estaba su celda, el jardín donde caminaba de un lado a otro meditando y cierta vez rehusó darse por enterado de la presencia del gran príncipe del momento¹; estaría allí su crucifijo, sus hábitos, sus cilicios, sus libros, y todo lo que una vez había sido suyo. Ahora bien, ocurrió que San Felipe era un niño de este mismo convento. Allí recibió su primera instrucción religiosa, y más tarde solía decir, "Todo lo que había de bueno en mí cuando era joven, se lo debí a los Padres de San Marcos, en Florencia". Mantuvo un singular afecto por Savonarola a lo largo de toda su vida, conservó un retrato suyo en su habitación, y alrededor del año 1560, cuando llegó la cuestión de la condenación de la enseñanza de Savonarola ante los Papas Paulo IV y Pío IV, intercedió ferviente y exitosamente en su favor ante el Santísimo Sacramento, expuesto para la ocasión en la iglesia de los dominicos en Roma. Esto fue hacia la mitad de su vida.

Volviendo a su juventud, a la edad de dieciocho años, dejó Florencia para siempre, yendo primero a una ciudad en el reino de Nápoles, y luego al cabo de dos años a Roma, donde vivió por sesenta años, sin salir ni una vez más allá del circuito de las siete Basílicas. Allí murió cuando estaba cerca de completar sus ochenta años. Diréis hermanos, que es este un simple esbozo de una historia, especialmente deficiente en incidentes y aventuras, pero aunque hizo sólo un viaje en su larga vida, le sacó provecho, y los cambios de la situación externa que luego le acontecieron, pocos como fueron, llegaron a ser instrumentos en la formación de su pensamiento y en la dirección de su trayectoria futura. El alumno florentino de Santo Domingo cayó bajo la inspiración de San Benito en el territorio de Nápoles, y encontró a San Ignacio en persona, de cuerpo entero, cuando llegó a Roma.

¹ Lorenzo de Médici

Benito, Domingo, Ignacio: estos son los tres venerables Patriarcas cuyas Ordenes se dividen entre ellas toda la historia cristiana; hay muchos Santos además, que han sido fructíferos en seguidores e instituciones y se han multiplicado en la cristiandad y vivido sobre la tierra en sus hijos, cuando ellos mismos se fueron al cielo. Pero hay tres que, de una manera especial, han estado comprometidos en el oficio de un público ministerio en los asuntos de la Iglesia, uno detrás del otro, y que son, en algún sentido, sus "padres nutricios", maestros en la Israel espiritual, nombres predominantes en sus escuelas y bibliotecas, y ellos son Benito, Domingo e Ignacio. Felipe estuvo bajo la enseñanza de los tres sucesivamente.

2. El magnífico propósito de los hijos de Santo Domingo fue conformar todo el conocimiento humano en un sistema armonioso, para asegurar la alianza entre la religión y la filosofía y entrenar a los hombres en el uso de los dones de la naturaleza a la luz de la gracia divina y de la verdad revelada. Esto requería la disolución y reconstrucción de la sociedad para dar una oportunidad a tan gran pensamiento. Así pues la Orden de Predicadores floreció después que el viejo Imperio había pasado y el caos siguiente terminó en la creación de un nuevo mundo. Ahora, en la época de San Felipe, un violento esfuerzo estaba progresando de parte de los poderes del mal, para romper esa sublime unidad y poner al genio humano, al filósofo y al poeta, al artista y al músico, en oposición a la religión. Por ello, fue llamada más que nunca a trabajar la gloriosa Orden de Santo Domingo, cualquiera fuesen los nuevos métodos de llevarlo a cabo, por ser la más adecuada a los tiempos. Y si Felipe estaba destinado, como estaba, a jugar un importante papel por entonces en la causa de Dios, era necesario que debiera imbuirse de la gran idea de aquella Orden. Era necesario que fijara profundamente dentro suyo, como el objeto de su vida, aquél simple deseo de someter este variado, multiforme y multicolor mundo a la unidad del servicio divino. Quiero decir que hay Santos cuya misión reside más en separar uno de otra, el mundo y la Verdad, mientras que la de otros reside en ponerlos juntos. Felipe fue de los últimos. Adecuada y razonablemente, pues, recibió la formación elemental de los Padres de San Marcos. Y cuando esto estuvo asegurado se



Escenas de la vida de Santo Domingo de Guzmán. Pintor aragonés (Círculo de Sigüenza). Tamarite de Litera (Provincia de Huesca), Aragón, comienzos del siglo XIV. Barcelona. Museo de Arte de Cataluña. Frontal, pintura al temple sobre tabla.

fue "sin saber adónde iba", hacia otros tutores y hacia la escena donde se le destinaba a trabajar, para realizar la labor de Santo Domingo, aunque no iba a ser dominico.

3. Luego llegó a San Benito. Cerca de la ciudad a la que lo había enviado su padre, está el célebre monasterio de Monte Cassino, sede principal de la orden benedictina. La relajación que por ese tiempo prevalecía en muchas comunidades regulares, parecía no haber llegado a este antiguo santuario. Los juicios que aún en los días de Savonarola cayeron sobre Italia, no alcanzaron a Monte Cassino. Su entorno había sido escenario de la guerra, las tropas extranjeras habían saqueado la Iglesia, y la nueva generación de monjes se habían criado en la adversidad. "No lejos de San Germano", la ciudad a la cual había sido enviado Felipe, nos dice el autor de su vida, "existe un célebre monte que, de acuerdo a una muy antigua y común tradición, es uno de aquellos que se abrieron a la hora de la muerte del Salvador. Pertenece a los Padres benedictinos de Monte Cassino, quienes tienen

una iglesia allí dedicada a la Santísima Trinidad. Este monte está agrietado desde la cima a la base por tres enormes fisuras, y en medio de las tres, donde es más abrupto, hay una pequeña capilla sobre un a roca, bajo el cuidado de los monjes, y sobre ella hay un crucifijo pintado, al que los navegantes saludan con sus cañones cuando pasan por allí. Aquí, San Felipe tenía el hábito de retirarse para orar y meditar en la Pasión del Señor".

Observad, queridos hermanos, que Felipe está ahora en calma en una nueva escena, no más en medio de la grandeza medieval sino entre los Santos e instituciones de la época primitiva, no ya en la inquieta y llamativa ciudad sino en el campo tranquilo y puro, no más claustros y pinturas sino rocas y mar que lo llevan a meditar, no mitras doradas y capas enjoyadas bajo altas arcadas y vidrieras pintadas sino capillas solitarias y austeras y rudos crucifijos, no más la visión de la pasión del Señor pintada por arte sacro sino la misma hendedura en la sólida montaña, abierta en aquella misma hora en que pendía de la cruz,

San Benito.

Por el maestro Conxolus



no más
las santas
doctrinas y de-
vociones de piedad

tardía sino el misterio original contenido en la Escritura, en el Credo y en el bautismo y por el que se luchó en todo lo que le rodeaba le arrojó hacia atrás, a los tiempos de simplicidad, de pobreza, de persecución, de martirio, los tiempos de paciencia, de oscuros y alegres afanes, de humilde servicio no correspondido, los tiempos antes que el cristianismo hubiera producido una literatura o que la teología hubiese llegado a ser una ciencia, en que los santos se sentaban en la Silla de Pedro, mientras que el libro de la naturaleza y el libro de la gracia eran los grandes instrumentos del conocimiento del amor. Tal fue la escuela de San Benito.

Aquel querido y venerable Padre no le dejó ir al joven peregrino, aún cuando los dos años de permanencia en su cercanía llegaron a su fin. Porque si bien un directo llamado divino le llevó a Roma, debo decir que el mismo San Benito eligió allí para él su hospedaje, pues le envió hacia aquellas antiguas basílicas, cementerios y catacumbas de la Ciudad Santa, que hablan de los primeros monjes y de la primitiva religión, que Felipe, lo sabéis, frecuentó y casi vivió en ellas, hasta que habían pasado más de diez años des-

de que hubo dejado Florencia. "Felipe Neri es un gran santo", dijo un fraile dominico que se fijaba en su juventud, "y entre sus otras cosas maravillosas, ha habitado por diez años enteros en las cuevas de San Sebastián, como modo de penitencia", alojamiento, digo yo, como el que San Benito hubiera hecho suyo, con los viejos Papas mártires y sus santas cortes y séquitos, sus diáconos, chambelanes y capellanes, con San Calixto, San Sebastián y San Lorenzo, con San Marcos y San Marcelo, con Santa Inés y Santa Cecilia, con San Nereo y San Aquileo, con San Papías y San Mauro, hasta que al fin, tuvo aquella maravillosa visitación, cuando el Espíritu Santo bajó sobre él en una bola de fuego, cerca del tiempo de Pentecostés, y llenó su corazón de consolaciones tan sobrecogedoras, que para que no muriera del éxtasis, entró en el mundo de los hombres y emprendió un trabajo más soportable.

Así fue la segunda etapa de la educación de Felipe, que culminaba. Y así como de Santo Domingo obtuvo el fin que debía seguir, de San Benito aprendió cómo seguirlo. Iba a seguir los mismos propósitos de Savonarola, pero no a la manera de Savonarola, sino en el espíritu y tras el modelo de aquellos primeros religiosos, de los cuales San Benito es el típico representante. Aquellos primitivos religiosos vivían en comunidades, independientes unas de otras, no uni-



**Abadía de
Montecassino**

das bajo un gobernante común. Se establecían en un lugar y no tenían obligaciones fuera de él. Los votos no eran un elemento necesario para su estado. Tenían que ver poco y nada con asuntos eclesiásticos y política secular. No tenían un gran plan de acción para fines religiosos. Dejaban que cada día hiciera su trabajo como se presentaba. Vivían en oscuridad y ponían un especial esfuerzo en la oración y la meditación. Eran simples en sus formas de culto y admitían libremente laicos en su compañía.

En peculiaridades como estas reconocemos al Oratorio de San Felipe. Pero no mantuvo el menor pensamiento de sobrevivir en sus obras más allá del momento. Fue llevado apenas a agrupar sus discípulos en forma de comunidad y perpetuar esa forma por medio del reconocimiento eclesiástico. Luego, no iría a presidir sobre ellos, y cuando fue obligado a hacerlo, no dejó que le llamaran Padre Superior. No querían escuchar sobre sus fundaciones en otras ciudades y mucho menos aceptó dignidades ni toleró que sus discípulos lo hicieran. No permitió que ninguna forma ni observancia fueran las características de su Congregación, además del mutuo amor y el trabajo duro. Para la vida interior, los volvió, con especial seriedad, hacia las Cartas Apostólicas y las tradiciones de aquél monje primitivo, Juan Casiano. En su culto exterior imitó,

como observa el Cardenal Baronio, la forma establecida por San Pablo en su primera carta a los Corintios. "Es por consejo divino", dice esa gloria del Oratorio hablando en sus Anales con el tono de un historiador, "que haya sido renovada en gran medida, en este tiempo en Roma, siguiendo el modelo de las asambleas apostólicas, la práctica edificante de pronunciar sermones sobre las cosas de Dios. Este ha sido el trabajo del Reverendo Padre Felipe Neri, un florentino, que como un hábil arquitecto, ha puesto el fundamento de la misma. Ha sido organizado de modo que, casi todos los días, aquellos que desean la perfección cristiana, vengan al Oratorio. Primero hay algo de tiempo dedicado a la oración mental, luego uno de los hermanos lee un libro espiritual, y durante la lectura el susodicho Padre comenta lo que fue leído. A veces decide que alguno de los hermanos de su opinión sobre algún punto, y luego el discurso prosigue en la forma de diálogo. Después, le pide a uno subirse a una silla, y allí, en estilo llano y familiar, que hable sobre la vida de los Santos. A ese le sucede otro, sobre alguna materia diferente, pero igualmente sencillo. Finalmente, hay un tercer discurso sobre historia de la Iglesia. Cuando todo ha terminado, cantan algún himno espiritual, rezan nuevamente por breve tiempo, y así acaban. Dispuestas así las cosas, y aprobadas por la autori-

dad del Papa, parece como si la bella forma de la asamblea Apostólica hubiese retornado, tanto como los tiempos lo permiten".

Esto, por supuesto, ocurría bastante después de aquella parte de la vida de Felipe de la cual me estoy ocupando inmediatamente. Desde los ocho hasta los dieciocho, durante diez años, estuvo bajo la enseñanza de Santo Domingo; desde los dieciocho hasta los veintiocho o veintinueve, estuvo con San Benito y los antiguos Santos de Roma. Ni siquiera cuando aquel período terminaba, dejó a San Benito. Durante los sesenta años que pasó en Roma, hubo un solo gran momento de cambio o crisis en su vida. Fue cuando, alrededor de los cuarenta años, pensó en irse a Oriente. Ahora bien, para determinar este punto, no tomó consejo de ningún dominico, ni jesuita, siendo cualquiera de estas vías natural, sino que fue a ver a un benedictino a la gran Basílica de San Pablo, quien lo mandó a otro monje de la familia benedictina que vivía sobre el sitio del martirio de San Pablo, y este padre, en nombre de San Juan Evangelista, le dijo que "su India era Roma, donde Dios se serviría grandemente de él". Observad esto también, hermanos: San Juan Evangelista. Así, Santa María Magdalena, San Felipe y Santiago eran sus patronos personales, y San Juan Bautista se le apareció en una visión. No recuerdo ningún Santo posterior con quien tuviese semejante comunión íntima.

4. Tal era el carácter de las devociones, tales la fisonomía y el estilo de la vida interior, propias de San Felipe. Benedictinas, las llamaría. Al final volvió al mundo y allí encontró y tuvo trato con el tercer gran Patriarca que he nombrado, San Ignacio, que estaba en Roma. Aquel memorable santo había puesto su domicilio y establecido su Sociedad allí, mientras Felipe estaba en su largo retiro, y ahora estaba a la mano para que Felipe pudiese oírlo y consultarlo, por espacio de once años, hasta su muerte. ¿Qué hizo, pues, San Ignacio por él? Existe una marcada semejanza, como cualquiera puede ver, en la enseñanza práctica de ambos, y ello en materias donde esa enseñanza está en contraste con lo que era más usual antes y en su época. No se puede dudar que, mientras en tradiciones teológicas San Felipe era uno con Santo Domingo, en la cura de almas lo era con San Ignacio. Un esfuerzo serio de religión interior, celo por las ceremonias

formales, insistencia en la obediencia más que en el sacrificio, en disciplina mental más que en ayunos o cilicios, mortificación de la razón, esa iluminación y libertad de espíritu que viene del amor, más aún, la pacífica y escrupulosa regla del confesionario, frecuentes confesiones, frecuentes comuniones, especial devoción hacia el Santísimo Sacramento, son peculiaridades de una escuela especial en la Iglesia, y San Ignacio y San Felipe son maestros en ella. Desde los tiempos de San Benito había existido una ancha franja entre el mundo y la Iglesia, y era muy difícil seguir tras la santidad sin entrar en religión. San Ignacio y San Felipe, al contrario, llevaron la Iglesia al mundo, y animaron a ponerse bajo su suave yugo a tantos hombres como pudieron alcanzar. Ambos dos actuaron, por supuesto, bajo la guía divina, pero como vivieron en el mismo tiempo y en el mismo sitio, es natural pensar que, humanamente hablando, uno debió haber tomado su tradición del otro, y como San Felipe es el menor, es natural pensar que él la tomó de San Ignacio. Luego, desde que aprendió de Benito *qué ser* y de Domingo *qué hacer*, permitidme considerar que de Ignacio aprendió *cómo hacerlo*.

San Felipe reconoció, en una ocasión, su deuda con el Santo mayor, en su aspecto. Les dijo a ciertos jesuitas con quienes se encontró, "Sois hijos de un gran Padre. Yo estoy obligado hacia él, pues vuestro Maestro, Ignacio, me enseñó a hacer oración mental". Por extraño que pueda parecer, al menos una vez en su vida, habría querido ser admitido entre sus hijos. En otro tiempo, quizás, aquél al que he aludido ya, para encontrarse con ellos en Oriente, con otros de su causa.

5. Mis hermanos, no siento que sea ningún deseo de devoción o reverencia hacia nuestro querido Padre, hablar de él como buscando ser enseñado o queriendo ser gobernado. Es como su más amable, natural y modesta forma de ser. Siempre se puso a sí mismo a lo último, y nunca pensó en tomar para sí regla, ni valerse de una posición en la Iglesia, o fundar un cuerpo religioso. Parezco tener la autoridad del Padre Consolini de mi parte para decir que le agrado más haciendo hacia él lo que él haría por sí mismo, que mostrando ahora un celo en su favor, que no me hubiera agradecido cuando vivía. El Padre Consolini, como recordaréis, fue el amigo más íntimo de San Felipe, entre todos sus hijos



San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.

miento, que aunque conocía por el mismo Santo, el modo por el cual recibió del Espíritu Santo aquella maravillosa visitación con la fractura de sus costillas, nunca reveló los detalles a ninguna persona viviente hasta pocos días después de su muerte". El recordaba las palabras del Santo, "*Secretum meum mihi*", "Mi secreto es mío". Y también: "Cuando escuchó que algunos sacerdotes se habían unido bajo la invocación e instituto de San Felipe, con el nombre de Sacerdotes Reformados, se disgustó muchísimo por la vanidad de semejante título, diciendo que, si Felipe hubiese estado vivo, habría ido a ver al Papa para que disolviera tal Congregación".

¡Qué tocantes y tan genuinos son estos rasgos de nuestro dulce y querido Padre, y qué impresionante lección para nosotros, y qué notable contraste con el espíritu del vehemente fraile de San Marcos! Esos rasgos los mostró desde que era un muchacho. Una de las primeras cosas que se nos cuenta de él de su niñez es que "nunca hablaba ligeramente, como hacen los chicos, de llegar a ser sacerdote o religioso; escondía el deseo de su corazón y desde niño rehusó la demostración, por la que siempre tuvo un especial aborrecimiento". Cosas que otros santos han permitido en sí mismos, y hasta sentido que eran un deber, él no las soportaba. No pedía ser contradicho, o ser maldecido o ser perseguido, sino simplemente ser ignorado, ser desdeñado. Abandono era la divisa que deseaba para sí mismo y para los suyos. "Despreciar el mundo entero", decía, "no despreciar ninguno de sus miembros, despreciarse a sí mismo, *despreciar ser despreciado*". Tenía gran placer en no ser valorado y hecho pequeño de acuerdo al sentimiento del Apóstol, "si alguno entre vosotros parece ser sabio, dejadle hacerse necio, para que pueda ser sabio". Y por ello, vosotros sabéis, que cuando llegó a ser tan famoso en su vejez, y todos pensaban de él misteriosamente y le miraban con temor reverencial y repetían solemnemente las palabras del Padre Felipe y enumeraban los hechos del Padre Felipe y traían a extraños para verle, todo esto era la más cruel de las penurias para él, y estaba siempre portándose ridículamente a propósito, desconcertándolos y alterándolos, por el intenso odio y la impaciencia de ser con-

espirituales. El Santo "era muy celoso en disimular sus dones a los ojos del mundo", pero "a Consolini no le escondió nada". Bien, pensaréis, luego, que después de la muerte de Felipe, su amado discípulo contaría todo lo que pudo, tan alta y ampliamente como podía, en su honor. Pues no, lejos de ello, el autor de la vida del Padre, a quien he estado citando justamente, nos dice que, aunque era el más devoto tanto como el más amado de los hijos de San Felipe, cuando comenzó la canonización del Santo Padre, no quiso ser enviado delante por la Congregación. Rehusó al principio dar evidencia en el Proceso, y cuando le fue mandado por sus Superiores, la dio con evidente repugnancia. ¡Qué natural es esto! San Felipe estaba demasiado *cerca* suyo para permitirse hablar en su alabanza. Alabarle era elogiarse a sí mismo y a todos los Padres. Dejad que los extraños le alaben, no un hijo suyo. Y si desean amarle, que vengan y aprendan a amarle por lo que es. Nosotros también no le queremos otro que el que es. Le amamos demasiado por lo que es, para desear alabarle por lo que no es.

Está aún dicho por el Padre Consolini: "Estaba tan profundamente penetrado de este senti-

vertido en un espectáculo. "Estaba tratando siempre", dice su biógrafo, "ya sea por gestos, o movimientos, o palabras, o alguna informalidad chistosa, de esconder su gran devoción, y cuando había hecho alguna acción virtuosa, hacía alguna cosa simple para taparla".

6. Siendo esta la disposición de San Felipe, entenderéis cómo fue que, mientras quiso hacer el mismo trabajo que Savonarola intentó, lo emprendió, no sólo por principio sino por sentimiento instintivo, de manera tan diferente. Aquí, como en otros casos, el camino más lento fue el más seguro y el más calmo, el más efectivo, y no habría intentado en absoluto ese trabajo, si hubiera significado sacrificar su humildad y modestia al hacerlo. De acuerdo a esto, él, cuya misión fue estar con Papas, Cardenales y nobles, filósofos, autores y artistas, comenzó enseñando a los pobres que encontraba alrededor de las puertas de las iglesias romanas. Esta fue su ocupación por años, y pronto le agregó otra de la misma clase. Acostumbraba ir por las plazas, negocios, almacenes, escuelas y mostradores, "hablando con toda suerte de personas de manera simpática, acerca de cosas espirituales, y diciéndoles, 'Bien, hermanos, ¿cuándo vamos a empezar a servir a Dios y a hacer el bien?' ", y comenzó a hacer algunas grandes conversiones.

Roma estaba en aquel tiempo en un estado muy diferente al que era cuando Savonarola descargó sobre ella sus amenazas. Una pesadísima sentencia llegó sobre ella pocos años antes que Felipe arribara allí, y esa sentencia llegó como una gracia a la ciudad elegida por Dios. Los germanos y españoles habían asediado, tomado y saqueado la ciudad, con excesos y atropellos tan horribles, que se piensa que sufrió menos con los Godos y los Hunos que con aquellas tropas nominalmente cristianas. Su externo esplendor nunca se ha recobrado desde aquel día. Sus iglesias fueron expoliadas y mutiladas, sus conventos saqueados, sus Cardenales, Obispos, monjes y monjas, tratados con las indignidades más extremas, y muchos de ellos fueron asesinados, y se cometieron innumerables sacrilegios. La gente pensó que lo que había ocurrido era el cumplimiento de las predicciones de Savonarola, pero entre estas miserias, la gracia de Dios habló y la población culpable fue mitigada. Primero, San Cayetano, que fue él mismo torturado por los soldados rufianes, había ya comenzado a lla-

mar a la oración y al arrepentimiento. San Ignacio le siguió, predicando. Luego llegó San Felipe, pero con su manera calma, como "el susurro de la brisa suave", "sus palabras cayeron como el rocío, como la llovizna sobre la hierba, como gotas sobre el césped".

Comenzó, como he dicho, con los pobres. Luego fue entre los comerciantes, almaceneros, empleados de banco y haraganes de las plazas públicas. Animado por estos éxitos, se dirigió a los hombres no sólo descuidados, sino de la peor clase de vida, y también los ganó para Dios. Su caridad le llevó a varias situaciones aflictivas, pero cuando se atentaba contra su virtud, su celo y devoción las superaban. Todo este tiempo estuvo visitando los hospitales y atendiendo las necesidades, tanto corporales como espirituales, de los enfermos.

Esta había sido su vida, en cierto grado, antes de que dejara su retiro en las basílicas y cementerios, y duró diez años. Al cabo de ellos, se nos cuenta que encontró una pequeña comunidad de gente piadosa, en número de quince, "simples y pobres, pero llenos de espíritu y devoción, e inflamadas unas a otras, con palabras y con el ejemplo, por el deseo de la perfección cristiana". Felipe, que era aún un laico, predicaba, y puesto que estaba haciendo algo inusual, jóvenes disolutos llegaron para mofarse de él. Pero era peligroso acercarse a él. En una ocasión convirtió a treinta de ellos con un simple sermón. El y sus socios se obligaron a atender a los peregrinos y a los enfermos que dejaban los hospitales, convalecientes pero no recuperados. Así su trabajo se extendió gradualmente, pues estos peregrinos y enfermos venían de todos los países, y muchos de ellos eran judíos o herejes, que él trajo al rebaño de la Iglesia.

7. Estuvo quince años en Roma antes de ser ordenado, y finalmente, al recibir las facultades para oír confesiones, comenzó a la edad de treinta y cinco años su real misión, aquél largo desempeño ministerial que llevó durante cuarenta y cinco años hasta casi la hora de su muerte, y que le ha ganado el título de Apóstol de Roma.

Vosotros sabéis, hermanos, qué es lo que se entiende comúnmente por Apóstol de un país. Significaba uno que convierte sus habitantes paganos a la fe cristiana, como San Agustín en Inglaterra. De allí que su propia función sea el Bautismo. Así tenéis a San Agustín, San Patricio,

San Bonifacio o San Francisco, bautizando cientos y miles. Este era el ministerio que San Felipe quería ejercer en la India. Pero era su celo y caridad lo que le urgía, no su juicio maduro, pues los feroces conflictos y cuidados pastorales y la tosca notoriedad de semejantes obligaciones, eran inadecuadas a su naturaleza. Por ello fue retenido en casa para un trabajo diferente. Fue retenido en el hogar, en el verdadero corazón de la cristiandad, no para evangelizar sino para recuperar, y su instrumento de conversión no fue el bautismo sino la penitencia. El confesionario fue la silla y el sello de su peculiar apostolado. Así como San Francisco Javier bautizó decenas de miles, Felipe estuvo cada día y casi cada hora, guiando penitentes a lo largo de la senda angosta de la salvación.

Se nos dice en su Vida, que "abandonó todo otro cuidado y se dio a escuchar confesiones". No contento con el día, dedicó una considerable parte de la noche también. Antes de anochecer ya había generalmente confesado un buen número de personas. Cuando se retiraba a su cuarto, aún allí confesaba a todos los que llegaba, e interrumpía las oraciones o las comidas para atender al llamado. Cuando la iglesia abría al amanecer, bajaba al confesionario y permanecía allí hasta el mediodía, cuando rezaba la Misa. Cuando no llegaban penitentes, permanecía cerca de su confesionario. Nunca interrumpía las confesiones por alguna enfermedad. "El día de su muerte comenzó a oír confesiones muy temprano en la mañana", después de la Misa "fue otra vez al confesionario", y escuchó confesiones a la tarde "y durante el resto del día hasta la hora de la cena". Después de cenar "escuchó en confesión a los Padres que iban a decir su primera Misa a la mañana siguiente", hora en que ya no habría de estar sobre la tierra. Fue este perseverante y extraordinario servicio, ejercitado y vivido como un deber por espacio de cuarenta y cinco años, que le permitió ser el nuevo Apóstol de la Ciudad Sagrada. Por eso la Lectura del Oficio en su día dice que "dio a luz innumerables hijos para Cristo".

Estuvo sufriendo siempre sus miserias y luchando con sus pecados y animando sus buenas resoluciones, año tras año, cualquiera fuera su estado, su vocación, sus circunstancias, si se trataba de llevarlos salvos al cielo, con una sobrehumana y heroica paciencia, de la cual vemos

muy pocas señales en el feroz predicador de Florencia.

Savonarola, a pesar de su santidad personal y de sus protestas contra una santidad meramente externa en los católicos, después de todo, comenzó con una reforma externa. Quemó laudes y guitarras, anteojos y máscaras, libros y pinturas, en la plaza pública. Pero Felipe tuvo paciencia con las extravagancias de aquellos que encontraba, tanto cuanto no fuesen directamente pecaminosas, sabiendo que una vez enderezado el corazón, lo seguiría una conducta apropiada. Recordaréis llegó un día cierto joven a sus Ejercicios, vestido "a la moda más singular y caprichosa", y cómo Felipe no hizo sino fijar sus ojos en él y luego prosiguió con los discursos y devociones del Oratorio, y cómo al tiempo de que llegaran a su fin, el pobre pecador se había transformado en otro hombre, su naturaleza cambió íntegramente de una vez y llegó a ser uno de los más fervientes penitentes del Santo. Un rico eclesiástico vino a verlo vestido de colores como un laico. Felipe habló con él por quince días sin decir una palabra acerca de sus vestidos, y al final se los quitó de propia voluntad e hizo confesión general. Su biógrafo dice: "Estaba muy en contra la inflexibilidad y las prohibiciones bruscas acerca del uso de vestidos finos, collares, espadas y cosas por el estilo, diciendo que si solamente un poco de devoción ganaba espacio en sus corazones, podríais dejarlos librados a sí mismos". Si hablaba de ellos era amablemente y en broma. Recordaréis que le dijo a una dama, que le había preguntado si era pecado usar zapatos con tacones muy altos de acuerdo a una moda excesiva del momento: "Tenga cuidado que no la hagan tropezar". Y a un joven que usaba uno de esos grandes cuellos de encaje almidonado, que vemos en los cuadros, le observó: "Le encarecería mucho que su cuello no me lastimara".

Savonarola es asociado en nuestras mentes con el púlpito más que con el confesionario. Su vehemencia convirtió a muchos pero asustó e irritó a muchos más. Las consecuencias se volvieron contra él y sus penitentes. Algunos de sus artistas conversos fueron asesinados, otros fueron enviados al exilio, otros abandonaron su profesión enteramente con disgusto o desesperación. Felipe no tenía vocación ni mucho afecto por el púlpito. Era receloso de lo que el mundo llama

elocuencia y mortificaba a sus discípulos cuando aspiraban a ello. A uno lo interrumpió y lo hizo bajar, a otro lo hizo predicar su sermón más de seis veces: disertaba y conversaba más que predicar. Y "no toleraba reprimendas duras", dice el autor de su Vida, "o cualquier cosa de rigor. Cautivaba la voluntad de los hombres para el servicio de Dios tan diestramente, con un arte tan santo y atractivo, que aquellos que lo veían clamaban atónitos: 'el Padre Felipe atrae las almas como el imán al hierro'. Así, se acomodaba a sí mismo al temperamento de cada uno, y llegar a ser, según las palabras del Apóstol, 'todo para todos para ganarlos a todos.' " Su amor por ellos era tan tierno y ardiente que aún en la extrema vejez, estaba ansioso de sufrir por sus pecados y "a este fin se infligía severas disciplinas, considerando sus malas acciones como propias y llorándolas como a tales". No leo que Savonarola actuara de esta forma con el Papa Alejandro Sexto, a quien denunció violentamente.

No es sorprendente que con esta delicadeza, con esta prudencia, y con este celo y caridad a las que estaban subordinadas, su influencia creciese año a año, hasta ganar un lugar en el corazón del pueblo romano, que nunca ha perdido. Existen aquellos cuyas obras más grandes son las primeras, y otros que tan escasamente se distinguen al principio de todos los demás que aparecen lo mismo, y se distancian de ellos a lo largo del tiempo, haciendo obras cada vez más maravillosas cuanto más viven. Felipe cumplió treinta y cinco años antes de ser ordenado, cuarenta antes de comenzar sus ejercicios en su casa, cincuenta antes de tener una iglesia, sesenta antes de formar sus discípulos en una congregación y cerca de setenta antes de que se pusiera a la cabeza de la misma. Así como el nombre de la Santísima Virgen se ha expandido y extendido por un majestuoso crecimiento a través de la Iglesia, "tomando su raíz en un pueblo honorable y reposando en la Ciudad Santa", así la influencia de Felipe, al final de muchos años, fue suprema en aquel lugar en el que había vivido tanto tiempo como un oscuro e ignorado extraño. Ojos sagaces y simpatías santas habían de hecho detectado a "Felipe Neri como un santo viviendo en catacumbas", cuando era un joven, pero requirió medio siglo para que se desarrollara esta verdad en la inteligencia de las multitudes de hombres. Al final no hubo posibilidad de equivocarse. Los vi-

sitantes a Roma discernían la presencia de uno que era más grande que el Papa y los Cardenales, santo, venerable y vigilante, como los gobernantes de la Iglesia. "Entre todas las cosas magníficas que he visto en Roma", dice uno de ellos, escribiendo cuando Felipe andaba en los cincuenta", tuve el inmenso placer de contemplar la multitud de devotos y personas espirituales que frecuentaban el Oratorio. Entre los monumentos de la antigüedad, los soberbios palacios y las cortes de tantos señores ilustres, me pareció que la gloria de este ejemplo brillaba mucho más con luz incomparable". Dice otro visitante, diez años después: "Voy al Oratorio, donde tienen lugar cada día bellos discursos sobre el Evangelio, o sobre las virtudes y los vicios, o sobre historia de la Iglesia, o sobre la vida de los santos. Personas distinguidas van a escucharlos, obispos, prelados y otros. Los que las pronuncian tienen las sagradas órdenes y son de vida ejemplar. Su superior es un cierto Reverendo Padre Felipe, un hombre viejo de unos sesenta años, que dicen que es un oráculo, no sólo en Roma sino en las lejanas partes de Italia, y en Francia y España, de modo que muchos vienen a pedirle consejo. Ciertamente es otro Tomás de Kempis o Taulero".

Pero es necesario vivir en Roma para entender lo que fue realmente su influencia. Nada era demasiado alto o demasiado bajo para él. Les enseñó a pobres mujeres mendigas a hacer oración mental, llevaba los chicos a jugar, protegió huérfanos y actuó como maestro de novicios con los hijos de Santo Domingo. Fue maestro y director de artesanos, mecánicos, cajeros de banco, mercaderes, orfebres del oro, artistas y hombres de ciencia. Fue consultado por monjes, canónigos, abogados, médicos, cortesanos, damas de la más grande alcurnia, convictos yendo a la ejecución, que a su turno atrajeron su solicitud y oraciones. Cardenales rondaban por su habitación, y Papas pidieron su milagrosa ayuda en la enfermedad y sus asistencia a la hora de la muerte. Fue su misión salvar a los hombres, no del mundo sino en él. Para romper con la altanería del rango y el fastidio de la moda, dio a sus penitentes mortificaciones públicas. Para sacar a la juventud de los teatros, abrió su Oratorio de Música Sacra. Para rescatar a los descuidados del Carnaval y sus excesos, implantó la peregrinación a las Siete Basílicas. Para aquellos que amaban la lectura, sustituyó las obras de caballería o

las novelas perjudiciales por el verdadero romance y la poesía celestial de las Vidas de los Santos. Puso a uno de sus discípulos a escribir historia sobre las herejías de la época, a otro a tratar sobre las Notas de la Iglesia, y a un tercero a encargarse de los Mártires y Antigüedades cristianas. Pues, mientras en los discursos y devociones del Oratorio prescribía la simplicidad de los primeros monjes, quería que sus hijos, individualmente y en privado, cultivaran sus dones al máximo. El fue, después de todo y en todo, su verdadero modelo, el humilde sacerdote, retrocediendo ante cualquier clase de dignidad, puesto u oficio, y viviendo gran parte del día y de la noche en oración, en su habitación o sobre el tejado.

Y dice su biógrafo que, cuando murió, un flujo continuo de gente llegó a ver su cuerpo, durante los dos días que permaneció en la iglesia, besando su féretro, tocándole con sus rosarios o anillos, o llevándose un poco de su pelo, o de las flores esparcidas sobre él. Y entre la multitud, se escuchaba a personas de todo rango y condición lamentándose y alabando al que había sido tan pequeño, y sin embargo tan grande, tan diversamente dotado, y alumno de tantos santos maestros, a quien tuvo la amplitud de miras de un Santo Domingo, la poesía de un San Benito, la sabiduría de un San Ignacio, y todo recomendado por la modesta bondad y la atractiva delicadeza que eran suyas.

¡Ojalá que a nosotros, sus hijos del Oratorio, nos fuera posible, no digo individualmente sino aún colectivamente, no en alguna generación sino aún en ese período completo durante el cual está destinado a continuar aquí, que nos fuera posible hacer una obra como la suya! Al menos debemos tomar lo que él fue como nuestro modelo, cualquiera sea el nivel de nuestros poderes y la medida de nuestro éxito. Y ciertamente es una consolación que podamos decir en nuestro favor, que hemos emprendido su obra de la manera más apropiada, para ganar su bendición, pues la hemos hecho semejante a la suya. No hemos elegido nosotros mismos ningún escenario para realizarla donde pudiéramos hacer ruido, sino que hemos tomado voluntariamente el humilde lugar de servicio que nuestros Superiores eligieron para nosotros. El deseo de nuestros corazones y nuestro deber van juntos aquí. Nos hemos establecido deliberadamente en un distrito populoso, desconocido del gran mundo, y hemos comenzado como San Felipe lo hizo, por

servir principalmente a los pobres y humildes. Hemos ido donde no podemos obtener recompensa de la sociedad por nuestras acciones, ni admiración por lo apropiado o ilustrado de nuestras palabras. Hemos determinado, con la ayuda de la gracia de Dios, no tener el elogio o la popularidad que el mundo puede dar, sino, de acuerdo al propio precepto de nuestro Padre, "amar ser ignorados".

¡Que este espíritu nos guíe siempre más y más! En cuanto a mí, queridos Padres del Oratorio, si me pidiérais y yo pudiese ganáros algún beneficio de San Felipe, que pudiese distinguíros a vosotros y a vuestros sucesores en el tiempo que vendrá, no suplicaría para vosotros la persecución, como muchos hombres santos han hecho, pues el trabajo del Oratorio es tranquilo y requiere paz y seguridad para hacerlo bien. Ni pediría para vosotros calumnias y reproches, pues ser difamados significa que hablen de nosotros y para algunas mentes la misma notoriedad es una gratificación y una trampa. Pero pediría para vosotros este privilegio: que el mundo público no pueda nunca conoceros ni por alabaros ni por culparos, que podáis hacer bastante trabajo duro en vuestra generación y realizar muchas obras útiles y efectuar algunos propósitos religiosos, y mandar muchas almas al cielo, y tomar a los hombres por sorpresa, cuando les ocurra acercarse suficientemente cerca para ver cuánto estáis haciendo realmente. Pero que seáis ignorados por el mundo, que nos seáis conocidos fuera de vuestro lugar, que trabajéis solamente por Dios con un corazón puro y una mirada simple, sin las distracciones del aplauso humano, y podáis hacer de El vuestra sola esperanza, y deseáis solo Su eterno cielo y tengáis vuestra recompensa, no en parte aquí, sino plena y enteramente más allá.

Seremos benditos vosotros y yo, mis queridos Padres, si aprendemos a vivir en la presencia de los Santos y de los Angeles, que habrán de ser nuestros eternos compañeros en la otra vida. Seremos benditos si conversamos habitualmente con Jesús, María y José con los Apóstoles, Mártires y los grandes Padres de la primitiva Iglesia, con Sebastián, Lorenzo y Cecilia, con Atanasio, Ambrosio y Agustín, con Felipe, cuyos hijos somos, con nuestros ángeles guardianes y nuestros santos patronos, descuidados de lo que los hombres piensen de nosotros, de modo que su desprecio hacia nosotros no involucre ninguna injuria a nuestra comunidad, y su errónea idea sobre nosotros no sea un estorbo a su propia conversión. □

de "*Newman the Oratorian*", Placid Murray O.S.B.
capítulo 1

Newman y el cuidado de las almas

El sentido de su responsabilidad por las almas fue un principio pastoral, indeleblemente sostenido por Newman como consecuencia de su ordenación al sacerdocio anglicano. En junio de 1824 fue ordenado diácono; el apunte de su diario para el domingo 13 de junio dice:

"Ya pasó. Soy tuyo, Oh Señor. Parezco algo aturdido, y no puedo creerlo y entenderlo del todo. Al comienzo, cuando me fueron impuestas las manos, mi corazón se estremeció. Las palabras "para siempre" son tan terribles... Señor no te pido comodidad en comparación con la santidad..."

El apunte para el siguiente día termina:

"...‘Para siempre’, palabras que jamás serán revocadas. Tengo la responsabilidad de las almas sobre mí hasta el día de mi muerte..."

Aunque en los hechos nada se siguió de ello, Newman se sintió atraído por aquel tiempo hacia la vida de un misionero extranjero. El diario

recuerda sus conversaciones con Pusey sobre el ideal misionero, y su propia resolución:

"...como pienso que el oficio misionero es el más alto privilegio que de Dios puedo poseer, aunque hablo ciegamente, no será equivocado rezar a Dios para que haga de mí un misionero —por lo tanto en el futuro propongo hacerlo."

Parece ser que durante el invierno de 1824-1825, el ideal misionero fue desapareciendo gradualmente de su pensamiento. No tenemos ningún memorandum suyo que diga porqué. Años más tarde, como oratoriano, Newman insistió con bastante frecuencia sobre el incidente en la vida de San Felipe cuando, queriendo llegar a ser un misionero fuera de su patria, le fue dicho por un padre cisterciense al que consultó que "Roma era su India". Hay aquí un curioso, quizá fortuito, paralelo entre Newman y San Felipe, ambos pensando en India, ambos a su vez inflamados por los ejemplos de los misioneros de su tiempo, y ninguno llegando a ser misionero en los hechos. Cuando más tarde Newman se ex-

playa sobre la frase "Roma era su India", no es ciertamente caprichoso detectar allí alguna sugerencia sobre su propio caso, cambiando una misión foránea por una hogareña. Era aún la responsabilidad por las almas, aunque ejercida de una manera menos heroica.

Después de su ordenación diaconal, Newman trabajó dos años activamente en la parroquia de San Clemente (ordenado sacerdote en mayo de 1825). Su posición como *Fellow* de Oriel le daba rango académico pero ningún trabajo académico definitivo. Su diario del 16 de mayo de 1824 contiene el memorandum de su decisión de aceptar el curato de San Clemente:

"...Cuando pienso sobre lo arduo, me estremezo. Oh, que pueda echarme atrás, pero soy soldado de Cristo. Cada texto sobre el deber ministerial y mis votos de ordenación, vienen a mí, en los últimos dos días, con una fuerza diez veces mayor".

Entre sus intenciones de la semana para su oración personal en 1824-1825, aparecen estas para el jueves:

"...Intercesión por el rebaño de San Clemente, clérigos, disidentes, romanistas, aquellos sin religión, piadosos, rector, capilleros y otros oficios, enfermos, ancianos, jóvenes, mujeres que trabajan con niños, ricos y pobres, escuelas, que la iglesia pueda ser reconstruida y bien, por la unidad, por la extensión de la religiosidad".

Esta oración está copiada tal cual en su posterior libreta de Misa, con la comprensible omisión de "romanistas".

Después de dos laboriosos años en San Clemente, Newman dejó el ministerio parroquial en favor de la Tutoría en Oriel. Aún así, por su nombramiento como Vicario de St. Mary, la Iglesia de la Universidad, en 1828, tenía efectivamente un cargo parroquial concurrente con su trabajo como tutor; de hecho alargó la tutoría por una década (1832-1843), y proveyó el marco para sus Sermones Parroquiales en St. Mary y su cuidado pastoral de la gente de Littlemore, donde construyó la iglesia y pudo conocer a sus feligreses uno por uno. Aunque no era exclusivamente un párroco, sin embargo consideró sus deberes parroquiales una parte integrante de su vida, poniendo su energía en ellos y combinan-

do este trabajo con sus obligaciones académicas como tutor, y más adelante con su participación en el amplio campo del movimiento (de Oxford).

Como anglicano y como católico, Newman tuvo una gran capacidad de trabajo, de naturaleza variada. Siempre tuvo sus manos llenas. Basta recordar la carta del Dr. Ullathorne con motivo de la "Apología":

"...Es difícil comprende cómo, de cara a los hechos, podría haber aparecido la idea de que durante su vida católica, haya estado más ocupado con sus propios pensamientos que con el servicio a la religión y el trabajo de la iglesia..."

El obispo prosigue luego para puntualizar que la labor literaria de Newman como católico representan sólo una porción de su trabajo, y esto en la segunda mitad de su vida pública. Luego refiere cuatro tareas, "de distinto carácter, y cada una de las cuales habrían exigido una incansable energía en el orden práctico", la fundación del Oratorio, el establecimiento de la Universidad Católica, el trabajo pastoral en la misión de Birmingham y finalmente el Colegio del Oratorio.

Volviendo a su ministerio anglicano, el sermón no publicado Nº 290 "Sobre el objeto y los efectos de la predicación", nos deja ver en qué espíritu emprendió el ministerio pastoral en St. Mary:

"...Dios derrame Su bendición sobre aquellos que diligentemente Le buscan... Esos dones que El introduce por la ordenación en Sus siervos para el bien de Su pueblo, los introduce profundamente dentro suyo. Ellos no pueden manifestarlos todos a la vez... El Evangelio es un Espíritu que habita en nosotros. Podemos solamente comunicarlo, aunque revelamos nuestro propio carácter mientras tanto."

Aún siendo una parte integrante de su ministerio, el trabajo parroquial no fue la nota específicamente característica de su cuidado por las almas. Su verdadero campo fue la educación secular considerada como un cuidado pastoral, y esto en toda su vida. En 1879, entre sus respuestas a las cartas que le enviaron con motivo de su cardenalato, hay un texto suyo breve pero significativo (en respuesta a los miembros del Catholic Poor School Committee), confirmando que el apostolado del intelecto fue concerniente a toda su vida:

"...Mucho antes de ser sacerdote católico... cuando era Tutor público de mi Colegio en Oxford, mantenía, aún ferozmente, que mi ocupación era claramente pastoral..."

Tres veces en su larga carrera Newman fue requerido en un proyecto educacional: su tutoría en Oriel (1826-1832), la Universidad Católica en Dublín (1851-1858) y la Escuela del Oratorio en Edgbaston (abierta en mayo de 1859). En cada una de estas empresas tuvo que ver con la educación de los laicos para el mundo, no de los clérigos para la Iglesia. No obstante, consideró, como anglicano y como católico, que este trabajo de educación secular era un oficio claramente ministerial para un sacerdote.

Cuando en 1826 fue nombrado como uno de los tutores de Oriel y resignó su curato en San Clemente, expresó en una nota de su diario para el día de su cumpleaños vigésimoquinto, los sentimientos con los que comenzaba su tutoría:

"...Y ahora, Oh Señor, Estoy entrando con el nuevo año en un nuevo curso de obligaciones, es decir la tutoría. Que me ocupe en ellas con la fuerza de Cristo, recordando que soy un ministro de Dios, y tengo encomendado predicar el Evangelio, recordando el valor de las almas, y que tendré que responder por las oportunidades que se me dieron para beneficiar a aquellos bajo mi cuidado".

Después de un mes de experiencia como Tutor anota:

"Es mi deseo considerarme como el ministro de Cristo. Que pueda reflexionar más seriamente, que, a menos que encuentre se produzcan oportunidades de hacer el bien a aquellos sobre quienes estoy colocado, llegará a ser una cuestión seria si debo continuar en la Tutoría..."

Newman ha descripto en detalle la colisión de puntos de vista entre él y el Dr. Hawkins, Provost de Oriel, acerca de esta visión de la tutoría como un oficio ministerial, hablando abiertamente, debemos decir que en esta disputa Hawkins quería mantener a Newman bajo un sistema aceptado de enseñanza, en uso entonces en Oriel, mientras Newman deseaba que los tutores tuvieran con discreción, derechos sobre la naturaleza de sus oficios, particularmente en dar per-

sonal tutoría a sus alumnos en vez de conferencias abiertas a una indiscriminada colección de estudiantes.

De cualquier modo, más allá de esta cuestión del método educacional, estaba el asunto más profundo de la inclinación religiosa que Newman quería darle al oficio de tutor. Consideremos su posición. El era por ese tiempo un joven clérigo, recién ordenado, no mucho mayor que sus alumnos, hacia quienes su actitud no era meramente disciplinaria, ni tampoco meramente esa actitud colateral de lo que hoy llamaríamos un director espiritual. El quería entrenarlos para los honores académicos (y se apresuró a recuperar el tiempo perdido en su primera preparación en los Clásicos para este propósito), pero quería también cumplir con la obligación de su "voto" de ordenación, siendo un ministro de Cristo hacia ellos. No le veía el sentido a todo su tiempo y energía dedicados al trabajo tutorial, si éste había de ser meramente el trabajo secular de preparar estudiantes en los Clásicos y nada más. Tanto más cuanto que muchos de los jóvenes eran ricos y disolutos. En un residente universitario, con dos los estudiantes al menos nominalmente anglicanos (Oxford estaba cerrada por aquel tiempo a los disidentes y católicos), una mala conducta de este tipo hubiera, por supuesto, dado un tono dentro de los muros del College, que hubiera anulado el mero oficio de enseñar de los tutores, si no tenían nada efectivo que decir en la formación moral de sus alumnos.

No hubiera sido del gusto de Newman considerar el curso de los Clásicos meramente como un medio indiferente para un fin espiritual, y no como un fin en sí mismo; como un pretexto, por así decir, para mantener contacto con sus alumnos, de modo de poder "cuidar de sus almas". Semejante dicotomía y negación de los valores naturales no habrían estado en la línea de Newman, y no necesitamos anticipar ninguno de sus ulteriores manifestaciones en los Discursos de Dublín para desvanecerlas.

Según la visión de Newman, el oficio tutorial en Oriel podía ser una cura pastoral de almas para un clérigo, porque formaría las mentes de sus alumnos con instrucción competente y formaría sus corazones al vivir con ellos. Pero aún en el proceso de formar sus mentes, podría hacer de los Clásicos una lección moral, desde



Nave de la iglesia del Oratorio de Birmingham.

que muestran la naturaleza humana tal como existía sin la gracia antes del advenimiento del cristianismo. Podemos notar que en el balance entre la competencia profesional y el celo sacerdotal, la posición de Newman difiere como anglicano de aquella que tuvo como católico más tarde. Como joven *Fellow* de Oriel, al tiempo de su elección, no era tan buen *scholar* en los clásicos como algunos de sus competidores, pero era superior a ellos la fuerza de su pensamiento. Su misión como tutor fue original en su tono moral más que en el intelectual. Como católico la posición fue inversa: no descaba una mayor seriedad

moral en los católicos ingleses, sino una más amplia y profunda base intelectual para su fe tradicional. Esto se puede ver en una de sus más tempranas observaciones como católico:

“Cuanto más lo entiendo, más parece el Oratorio lo apropiado para Inglaterra en este momento. El objeto de San Felipe era educar una más alta clase de sacerdotes para el trabajo parroquial. Muchos de sus seguidores eran hombres altamente educados, correspondientes precisamente a los fellows de nuestras Universidades inglesas. Hay abundancia de piedad y celo

en los sacerdotes ingleses al presente, pero ellos necesitan educación..." (ver Santa Croce Papers).

En los hechos, el Dr. Hawkins le negó gradualmente autoridad a Newman como tutor, cortándole la provisión de alumnos, de modo que la tutoría cayó en 1832, dejando a Newman, de treinta y un años, aún *Fellow* de Oriel, un derecho inalienable que le aseguraba una renta del colegio, pero sin ningún oficio como tutor del mismo o conferencista, o profesor en la universidad. Fue este comparativo tiempo libre el que a esta altura de la vida de Newman, le dejó libre para lanzarse vigorosamente en el naciente movimiento de Oxford.

Como la "Santa Comunità" fue uno de los ideales básicos del posterior Oratorio de Newman, es interesante ver cuán lejos había anticipado esto en su vida anglicana, particularmente porque el primer grupo de oratorianos ingleses habían sido compañeros anglicanos de Newman en Littlemore. Newman nunca fue, estrictamente hablando, un recluso solitario en Oxford; el período en Littlemore anterior a su conversión fue su aproximación más cercana a una vida solitaria, pero aún allí no estuvo solo.

En una carta a Newman del 31 de agosto de 1833, su íntimo amigo Hurrell Froude esboza un proyecto "para reavivar la Religión en las grandes ciudades". La carta fue publicada por Newman después de la muerte de Froude, entre sus últimos "Remains", y es curioso que Wiseman, revisando este libro detenidamente en "The Dublin Review" de 1839, haya escogido este corto pasaje para comentar entresacado de un extenso y esencialmente variado volumen. Froude había escrito:

"Ha venido últimamente a mi cabeza que el presente estado de cosas en Inglaterra produce una oportunidad para revivir el sistema monástico... Ciertamente los colleges de sacerdotes no casados (que pueden, por supuesto, retirarse con un beneficio, cuando pueden y quieren) sería el más económico camino posible para proveer efectivamente a las necesidades espirituales de una gran población..."

El futuro arroja su sombra sobre las páginas del extenso comentario de Wiseman desde que él toma la idea de Froude y explícitamente su-

giere que el Oratorio de San Felipe es la respuesta, dado que esta es la primera referencia que se puede encontrar del Oratorio en la vida de Newman, el pasaje merece ser preservado en la memoria, aunque no hay evidencia que muestre que aún después del artículo de Wiseman, Newman haya adoptado de ninguna manera, mientras fue anglicano, ni el Instituto del Oratorio de San Felipe ni su espíritu. Hay de hecho en Littlemore una copia de una temprana traducción inglesa de la Regla Oratoriana, pero si las "Reminiscencias" de Stanton son verídicas en este punto, se consiguió después de la conversión, cuando Wiseman, en ese momento con una capacidad totalmente diferente como Coadjutor del Distrito Central en el cual estaba Littlemore, sugirió el Oratorio como la vocación para los conversos. Si Newman tenía ya en Littlemore las folias de la copia de Brockie, ahora en la biblioteca del Oratorio, no podemos excluir la posibilidad de que tuviera, como anglicano, alguna familiaridad con el texto de la Regla de San Felipe. Esto explicaría las palabras de Newman de 1849 en su dedicatoria de los "Discourses addressed to Mixed Congregations" a Wiseman:

"...el servicio de San Felipe, de quien le he oído hablar a Ud. tan frecuentemente antes de que yo dejara Inglaterra, y cuyo brillante y hermoso carácter ha ganado mi devoción, aún cuando era protestante".

He sido incapaz de encontrar una evidencia más específica que esta de la devoción de Newman por San Felipe en su período anglicano, pero no debe olvidarse que el siglo dieciséis era ciertamente uno de sus campos de estudio, tanto en lo teológico como en lo devocional.

Sin embargo, cuando intentó la vida comunitaria en Littlemore en sus últimos años como anglicano, incluyó muchas más prácticas penitenciales que en la observancia oratoriana. Esto lo descartó cuando fue oratoriano, pues, como él dice en su primera Carta Capitular de 1848, San Felipe "prefería la Oración, la Predicación y los Sacramentos, a los ayunos, vigiliias, silencio y salmodia" (ver el texto del 17 de enero de 1848). Asimismo en sus Notas durante el retiro previo a la ordenación sacerdotal en San Eusebio, en abril de 1847, había escrito:

"Además. Cuando viví en mi retiro con cier-

tos otros, buscando un modo de vida, nos acostumbremos a observar muchas cosas que son propias de católicos, ayunos, meditaciones, retiros, el uso del Breviario, y otras prácticas pertenecientes a la vida eclesiástica, o mejor a la religiosa. Y ahora estoy bajo una reacción, como dicen, y no tengo el coraje de continuar esas cosas que hice voluntariamente en la Iglesia Anglicana”.

Cuando se hizo católico, sus ideas acerca de la vida de comunidad se volvieron más hacia el confortable Oxford que hacia el austero Littlemore. Una de sus primeras Cartas Capitulares, todas de lo más significativas, dadas a luz en Maryvale donde las circunstancias adecuadas para un Oratorio eran aún irrealizables, nos dan su preferencia en términos inequívocos:

“Ahora diré en una palabra lo que es la más cercana aproximación de hecho a una Congregación del Oratorio que conozco, y es, uno de los Colleges en las Universidades anglicanas. Tomad un College tal, destruíd la rectoría, aniquilad mujer e hijos, y colocadlo en el cuerpo de fellows, cambiad la religión de protestante en católica, y dad al rector y a los fellows trabajo misionero y pastoral, y tendréis una Congregación de San Felipe delante de vuestros ojos... Un oratoriano tiene sus propios cuartos, y sus propios muebles... Ellos no forman una celda sino un ‘nido’. El tiene sus cosas alrededor, sus libros y pequeñas posesiones. En una palabra él tiene lo que el inglés expresa con la característica palabra ‘comfort’. Y esta característica de las habitaciones privadas del oratoriano no es sino la muestra de cada parte de un establecimiento oratoriano...”.

Como oratoriano, Newman deseaba vivir una vida comunitaria modelada en aquella de un College de Oxford, no sólo en su confort básico, sino en las mutuas relaciones entre sus miembros. Como el Oratorio no tiene “votos” y posee muy pocas reglas, debe hallarse necesariamente algún lazo común. Este sólo puede ser “caridad”, pero la caridad misma encontrará su mejor expresión en términos de un refinamiento humano y un tacto tal como el que se obtiene entre hombres educados.

Newman ya en Oxford era un declarado enemigo de la erudición pedante, de asumir un “estado y pompa” como hizo Hawkins al ser

Provost de Oriel, de “cortear a la sociedad y el semblante de hombres de nombre y rango, tanto en el mundo, como en el estado, como en la Iglesia”. Hablando en la “Apología” de sus días en Oxford, dice que había tenido “una tranquila, libre y fácil manera de llevar las cosas adelante... Viví con mis alumnos privados, es más, con algunos de mis alumnos públicos, y con los fellows más jóvenes de mi Colegio, sin fórmulas ni distancias, en pie de igualdad”. Y en los “Escritos autobiográficos”, hablando de la relación entre sus alumnos estudiantes y él como tutor, dice:

“Con tales jóvenes él cultivó relaciones, no sólo de intimidad sino de amistad, y casi de igualdad, desterrando, tanto como se podía, la manera rigorista de moda entonces entre los tutores, y buscando su sociedad en ejercicios al aire libre, por las tardes, y en vacaciones.”

Más tarde, como Superior del naciente Oratorio, mantuvo este ideal de inglesas maneras caballerescas (*gentlemanlikeness*) y refinados sentimientos como la norma de la vida comunitaria oratoriana. Consideró la objeción “¿qué tienen que ver las maneras caballerescas y los sentimientos refinados con la religión?” y procedió a responder:

“...no estamos aquí contemplando el refinamiento de la mente por sí mismo, sino como sobreañadido a una gran perfección religiosa... y no se sigue que, porque el refinamiento no tenga valor sin la santidad, sea innecesario e inútil con ella. Debe hacer resaltar y recomendar la santidad interior, así como el don de la elocuencia hace resaltar el argumento lógico... es necesario que el don de las palabras sea capaz de persuadir; y así el don de las maneras puede ser necesario para ganar... aunque la excelencia cristiana es distraídamente más refinada, más atractiva, aún así por varias circunstancias... puede no ser posible... Y si esto puede ser verdad aún de los santos, mucho más lo será de una multitud de hombres buenos que no son santos, en quienes por enfermedades de toda clase, por temperamento natural, por los malos hábitos de la infancia... el manso, amoroso y considerado Espíritu de Cristo no fluye del corazón a los ojos y a la lengua y a los otros instrumentos de comunicación externa...”

Aunque Littlemore, por la fuerza de los hechos, fue más un campo de reclusión que un centro apostólico, de cualquier modo la experiencia de vida comunitaria allí, y después de la conversión, en Maryvale, que en la idea de Wiseman era "Littlemore continuado", fue la semilla para el Oratorio Inglés. Ahora, es un hecho remarcable que, aparte de los contactos personales tenidos allí y continuados en el Oratorio, el pivote principal para la vida oratoriana que Newman trae consigo de Oxford y Littlemore es la necesidad para un oratoriano de ser un "gentleman". Desde que él afirma el funcionamiento de la idea oratoriana tanto sobre esta base (confirmando sus propias conclusiones con ilustraciones de la primitiva historia oratoriana), puede ser bueno examinar más de cerca porqué le da tanta importancia a este punto, y cómo lo concibe en cuanto ayuda a la perfección cristiana, y como instrumento eficaz del apostolado. Esto es lo más importante, pues la propia sensibilidad y desacuerdos de Newman con la gente, no sólo han sido variadamente interpretados por sus biógrafos, sino que han sido criticados en el pasado reciente como contrarios a la verdadera espiritualidad sacerdotal.

Lo fundamental que hay que retener en la mente acerca de la idea de Newman de un gentleman, es que la caballerosidad (*gentlemanliness*), como típicamente la llama, es la marca de una educación liberal más que la divisa de un rango social. De allí que en las "Notas sobre la vocación oratoriana", habiendo tratado del "rango" como una de las calificaciones de un Padre del Oratorio, pone luego la cuestión de que si esto es así no pueden esperar reclutar a muchos, pues muy pocos de tal rango estarán dispuestos a venir. Su respuesta es que, desde los días de San Felipe, una entera nueva clase de sociedad ha llegado, de modo que hoy un sacerdote que tenga la educación, aunque no el ancestro, de un gentleman, puede responder a la idea de un gentleman.

Del efecto catártico de esta cualidad de la caballerosidad, se refiere finalmente en una de sus primeras Cartas Capitulares de 1848:

"Existe una tendencia mayor a los malos entendidos, celos, irritación, resentimiento y contienda, cuando la mente no ha sido cultivada o lo que se llama ampliada (*enlarged*), que donde los libros y las relaciones de sociedad y el cono-

cimiento del mundo han servido para poner las cosas en su verdadera luz, para guardar la mente de la exageración, hacerla paciente de las diferencias, y darle autodomínio entre diferencias de opinión y conducta. No quiero decir que esas virtudes que he mencionado son necesariamente cristianas, sino que son cristianas en un cristiano. Cuando una mente cristiana las toma dentro suyo dejan de ser seculares, son santificadas por su poseedor y llegan a ser los instrumentos del bien espiritual".

Luego, continúa reflexionando sobre los deplorables resultados que la ausencia de tal educación trae entre religiosos:

"...tenemos que reflexionar sobre las nimias y mezquinas disputas que son aptas para dividir las casas religiosas, las rivalidades, los puntillos y equivocaciones, y luego nuevamente lo que existe en tan variadas y agravadas formas a lo largo del mundo, para sentir la influencia de una educación liberal y la experiencia de la vida en hacer capaz a la mente de ser al mismo tiempo calma aunque observante y versátil."

El ser *Fellow* de Oriel significaba para Newman la obligación del celibato mientras durara el oficio, y la terminación normal del mismo era renunciar en vistas al matrimonio y aceptar el apoyo de algún beneficio. Newman, sin embargo, nunca consideró el celibato en este sentido puramente técnico, como una condición para mantenerse como *Fellow*. Sintió tempranamente el llamado a una vida célibe, y habla de ello en un conocido pasaje de la "Apología". El manuscrito de la apología es más explícito aquí que cualquiera de las ediciones impresas y nos ayuda a ver el desarrollo interior de su elección de la virginidad en preferencia al matrimonio. Debemos recordar que él tenía un amor sensitivo por la virtud de la pureza en su juventud:

"...Tenía una fuerte persuasión de que las ofensas contra la ley de la pureza eran, cada una de ellas, castigadas severamente y ciertamente desde lo alto: conservo aún oraciones y memorias de los años 1816 y 1821 que muestran mi disgusto ante el pensamiento de ir a bailes o al teatro."

Hay un pasaje en sus "Escritos Autobiográficos", en latín, datado hacia el "final de 1816",

donde en diálogo consigo mismo condena, *condemno*, los bailes y todas esas reuniones, no poniéndose como modelo de piedad a sí mismo, sino evitándolas en defensa propia... "*Et quo vultu possum ego dormiturus exclamare Deo, Ne duc nos in tentationem?*".

Unida a su delicado amor por la pureza en sí, vino hacia en el otoño de 1816 la "profunda imaginación" de que llevaría una vida célibe. Esta imaginación:

"...no estaba fundada en la creencia católica de la superioridad moral del celibato sobre el matrimonio... sino que apareció desde mi sentimiento de separación del mundo visible, y estaba conectada con la noción de que mi misión en la vida requeriría el sacrificio que supone el celibato."

Aquí tenemos una atracción por el celibato emergiendo desde el apartamiento de las cosas visibles y una devoción a una misión en la vida. No está aún "la gran severa idea de la intrínseca excelencia de la Virginidad... de la cual la Bendita Virgen es el gran modelo", que fue el siguiente paso en el desarrollo y que le debe a su amigo Hurrell Froude. Aunque Newman tenía una inequívoca devoción a Nuestra Señora mientras fue anglicano, su pensamiento sobre la virginidad cristiana está centrado más en Cristo que en María. Las referencias que se pueden dar son débiles, desde que Newman no hizo ostentación de su elección personal por el celibato en una Iglesia y entre un clero donde el matrimonio era el normal estado de vida. Debe ser notado, sin embargo, que en el "Ensayo sobre el Desarrollo", cuando habla de la Vida Virginal en la primitiva Iglesia como una anticipación de su futuro crecimiento a través de la historia de la Iglesia, asocia la virginidad directamente con Cristo. Entre los textos patrísticos que recoge allí, podemos notar particularmente la frase de Tertuliano de estar "casado con Cristo".

Como un correlato a este personal llamado al celibato en sus días de anglicano, debemos notar entre sus intenciones de oración para la semana, datadas desde 1824, aquellas del miércoles:

"Orar por la Pureza, sobriedad, castidad, temperancia, auto-negación, simplicidad, sinceridad, verdad, apertura, candor. Orar contra los excesos, deshonestidad, mundaneidad de mente, molice, insinceridad".

Esta lista reaparece en su posterior libreta de Misa católica con algunas ligeras modificacio-

nes, "exceso en las comidas, deshonestidad en el pensamiento, palabra u obra".

Después de febrero de 1829 tuvo "el continuo deseo y resolución, con la ayuda divina, de vivir y morir célibe. Me determiné a ser "un pálido peregrino atado con el severo ceñidor de Pablo". Y además pudo admitir en un memorandum escrito once años después que aunque voluntariamente renunciaba a la simpatía que sólo una esposa puede dar "Aún así, no menos sentía la necesidad de ella". en este mismo memorandum, mientras admite la soledad del corazón célibe, Newman expresa sus propios sentimientos acerca del clérigo casado:

"Todos mis hábitos por años y mis tendencias son hacia el celibato. No puedo tener ese interés en este mundo que el matrimonio requiere. Estoy demasiado disgustado con este mundo. Y, sobre todo, llámese lo que uno quiera, tengo repugnancia al matrimonio de los clérigos. No digo que no sea legítimo, no puedo negar el derecho, pero, sea un prejuicio o no, me choca..."

Del período católico tenemos evidencia de su referencia a Nuestra Señora como el modelo de pureza, siendo el *locus classicus* las últimas páginas de los "Discursos dirigidos a auditorios mixtos". Más aún, existe un espléndido, casi lírico discurso de Newman sobre la Virginidad, pronunciado en 1854 con ocasión de la profesión religiosa de Maryanne Bowden, la hija de uno de sus amigos más antiguos. Este discurso es por demás eficaz, porque en él Newman habla con tan honda emoción del matrimonio y es consciente de la monotonía de ese celibato que no está basado en el Evangelio: "...Un estado de vida... melancólico por sus desolaciones no correspondidas... poco simpático por el orgullo y la autoestima sobre la que está basado.

Esta no es la virginidad del Evangelio... La virginidad de un alma cristiana es un matrimonio con Cristo... nuestro para amar, nuestro para consultar, nuestro para atender, nuestro para conversar, nuestro para contemplar. Tan enteramente nuestro que es como si El no pensara en nada sino en cada uno de nosotros personalmente... Y esto es estar casado con Jesús... es ser Suyo, mientras El es nuestro... hasta ese Día que nos reúna... las vírgenes prudentes llevando sus lámparas... y El nos lleve al banquete eterno, donde estará la madre de Jesús, con las jarras de vino celestial...". □

PROGRESS OF UNBELIEF

Now is the Autumm of the Tree of Life;
 Its leaves are shed upon the unthankful earth,
 Which lets them whirl, a prey to the winds'
 strife,
 Heartless to store them for the months of
 dearth.
 Men close the door, and dress the cheerful
 hearth,
 Self-trusting still; and in his comely gear
 Of precept and of rite, a household Baal rear.

But I will out amid the sleet, and view
 Each shrivelling stalk and silent-falling leaf.
 Truth after truth, of choicest scent and hue,
 Fades, and in fading stirs the Angel's grief.
 Unanswer'd here; for she, once pattern chief
 Of faith, my Country, now gross hearted grown,
 Waits but to burn the stem before her idol's
 throne.

At Sea. June 23, 1833

PROGRESO DE LA FALTA DE FE

Ahora es el otoño del Arbol de la Vida;
 se derraman sus hojas sobre la tierra ingrata,
 que las deja danzar en remolinos,
 como despojos del viento y sus contiendas.
 Tierra cruel, que no sabe atesorarlas
 en previsión de días de indigencia.
 Cierran los hombres su puerta, y alimentan
 sus fuegos animados, todavía
 confiados en sí mismos; y en sus galas
 cortesanas de rito y de precepto
 erigen la morada de Baal.

Mas yo saldré entre la llovizna helada,
 y veré marchitarse cada tallo,
 y caer en silencio cada hoja.
 Una verdad tras otra, de escogido
 tinte y perfume, se van desvaneciendo,
 y al apagarse encienden la aflicción del Angel.
 Que queda sin respuesta, pues aquella,
 adalid ejemplar en otro tiempo
 de la fe, mi Patria, ya con torpe
 y embotado corazón no espera
 sino quemar los leños de aquel Arbol
 ante el trono del ídolo.

En el mar. 23 de junio de 1833

Trad.: Jorge N. Ferro

“ ...mucho más natural será la transición de una religión a otra sin necesidad de dañar las certezas existentes, cuando los puntos comunes que son objeto de tales certezas son verdades. En este caso será mucho más fuerte y más dominadora la simpatía con que los espíritus amantes de la verdad suspiran por la fe católica, la cual contiene en sí misma y reclama como propia toda la verdad que se puede encontrar en cualquier parte, y, más importante aún, sólo la verdad. Esta es la influencia secreta con que la Iglesia se atrae a sí conversos de tan variadas religiones opuestas entre sí. Vienen, no a perder lo que tienen, sino a ganar lo que no tienen, y a fin de que mediante lo que tienen puedan recibir mucho más. **”**

(Grammar of Assent, 249)